10312

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

SOFÍA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO

DE

DON JUAN ANTONIO CAVESTANY

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1895

6

SOFÍA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SOFÍA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO

DE

DON JUAN ANTONIO CAVESTANY

Representado por primera vez en el TEATRO DE LA PRINCESA
el 21 de Diciembre de 1894

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1895

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/sofacavestany

A la Señorita Doña María Guerrero

cuyo admirable talento dió vida á este drama, se lo dedica en prenda de gratitud y de amistad

Juan Antonio Cavestany.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOFÍA	SRTA. GUERRERO.
LA CONDESA	SALA.
ADELAIDA	VALDIVIA.
CARLOS	SR. DÍAZ DE MENDOZA.
JUAN	CALVO (D. RICARDO).
PABLO	GUERRA.
EL CURA	CASIELLES.
EL ALCALDE	DÍAZ.
EL ALBÉITAR	MENDIGUCHÍA.
EL SECRETARIO	NÚÑEZ.
SANTIAGO	CALVO (D. F.).
ANDRÉS	TORNER.
UN CRIADO	N. N.

Criados, guardas, hombres de campo.

ÉPOCA ACTUAL.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un monte inculto y salvaje. En el centro de la escena habrá una especie de plazoleta formada por pedruscos y jaras, claros en esa parte y apretados y espesos en las demás. Varias sendas estrechas y practicables cruzan en distintas direcciones la escena.

ESCENA PRIMERA

SANTIAGO, EL ALCALDE, EL CURA, EL ALBEITAR, EL SECRETARIO. Todos tienen escopetas

SANT. ¿Y viene el acta?
ALC. Aquí viene
y tan limpia como el sol.
SANT. ¡Hombre! ¿No ha habido protestas?
SEC. En el pueblo protestó
el tío Pedro, el panadero,
que estuvo de interventor,
porque dice que en las *urnias*
hubo trampa.
ALC. Pues mintió.
SEC. No; si al fin se ha convencido;
Juan le hizo entrar en razón.
ALB. Las *urnias* fueron legales:
para dos colegios, dos.
ALC. En uno estuvo un puchero
de casa, que lo fregó
mi parienta...
SEC. Y en el otro
un cubo del herrador.

609046

ALB. Es verdad; me lo pidieron
y lo dí. Lo que pasó
fué que con el mismo cubo,
que es el que tengo mejor,
le estuve dando una untura
al mulo de Diego Antón,
y como la untura pega
y el chico no lo limpió,
salieron las papeletas
pegadas en un montón.
Pero eso es el linimento,
no es trampa.

ALC. Claro que no.

CURA Lo esencial es que triunfamos:
démosle gracias á Dios
y lo pasado al olvido.

SANT. Tiene usted mucha razón,
señor Cura.

SEC. El señor Cura
también se ha lucido.

CURA ¿Yo?

SEC. ¡Pues digo! Poquitos votos
que nos trajo aquel sermón
en que habló del candidato.
¡Si usted fué quien lo eligió!

CURA Hice lo que hacer debía:
nunca en ninguna elección
hasta hoy me había mezclado,
pero me lo suplicó
la señora del castillo,
y por hacerle un favor
soy yo capaz...

ALB. ¡Ya lo creo!

SEC. ¡Si es un ángel!...

ALC. ¡Si no hay dos
como ella!...

ALB. Cuando hace un año
castillo y monte compró
y vino aquí á establecerse,
con ella la bendición
vino.

SANT. ¡Como que no hay pobres
desde que el ama llegó!

ALB. ¡Es la madre de *tó* el pueblo!

ALC. Ella ha comprado el farol
y el reló del *menucipio*.
SEC. Y ella la escuela arregló.
ALB. Y cuando murió el tío Lucas
—téngalo en su gloria Dios—
ella lo estuvo asistiendo
y *aluego* lo amortajó,
y le dió pan á la viuda
y educa al hijo mayor.
CURA Pues á mí de cuantos bienes
sobre el pueblo derramó,
con ser tantos, no hay ninguno
que me parezca mejor
que el manto de terciopelo
que á la Virgen regaló.
¡Mi Virgen de los Dolores
está con él como un sol!
ALC. ¡Toma! No hay Virgen más maja
en mil leguas en redor.
Yo la echo á reñir con todas.
CURA Señor alcalde, por Dios...
SEC. En fin, ya estamos contentos:
este es el primer favor
que la señora nos pide,
y es una satisfacción
decirle: ¿Qué quieres? ¿esto?
Pues tómalo y se acabó.
SANT. La señora no sabía
ni que ahora hubiese elección,
pero hace ya una semana
que un día se presentó
don Pablo, ese caballero
que vino á la votación
en nombre del candidato,
y hete aquí que resultó
amigo de la señora...
¡Ella tuvo una impresión
al verle!... Se puso mala:
yo mismo llamé al doctor.
SEC. Todos hemos trabajado,
pero el que más trabajó
fué Juan, el guarda: sin ese
perdemos sin remisión.
ALB. ¿Habláis de Juan? Él se acerca.

ESCENA II

DICHOS, JUAN que lleva uniforme de guardabosques y bandolera

JUAN Buenos días nos dé Dios.
ALC. Hola, Juan.
ALB. De tí se hablaba.
JUAN Pues del pueblo vengo yo.
¿Se acabó ya el escrutinio?
ALC. Y aquí está el acta.
SEC. En rigor
á tí se debe este triunfo.
JUAN No se vence sin tesón.
ALB. Sí, ya puede el diputado
agradecerte el favor.
JUAN A mí me importa bien poco
que me lo agradezca ó no:
es al ama á quien yo sirvo,
no á él.
CURA Tu siempre tan hurón.
JUAN Yo no miento, señor Cura:
no conozco á ese señor;
que salga ó no diputado
nunca por él me importó;
pero dijo el ama: «quiero
que gane la votación,»
y me interesé en la lucha
más que si luchara yo.
Y si el ama me dijese
—pongo por testigo á Dios—
«tírate por un barranco
para probar tu adhesión,»
de cabeza me echaría
sin disgusto y sin temor,
y al estrellarme en las piedras,
obedeciendo á su voz,
de fijo que sentiría
más bien placer que dolor.
CURA Siempre has sido un buen muchacho;
ninguno te lo negó.
ALC. Lo que es fiel, lo es como un perro.
ALB. Y bravo como un león.

JUAN Gracias.
SEC. ¿Y cuándo es la boda?
Tienes una calma atroz.
CURA Es verdad; ya tengo ganas
de echarte la bendición.
JUAN Ya veremos, señor Cura.
CURA Ligan mal calma y amor.
¿Es que el padre de la novia
pone obstáculos?
SANT. Yo no;
al contrario.
JUAN Es que soy pobre
y temo...
CURA Más pobres son
los pajarillos del campo
y comen á su sabor.
No te apures, que á los pobres
no los abandona Dios.
Rosa te quiere y es buena...
SANT. Lo que es eso, sí, señor:
aunque es mi hija lo declaro
por que mintiera si no:
moza más cabal y honrada
no existe.
ALB. Tiene razón.
JUAN Ya lo sé, señor Santiago:
quien va ganando soy yo,
pero...
SEC. (Señalando al interior.) Mirad; la señora
viene ya por el manchón
del castillo con don Pablo.
SANT. Pues, ea; ya se acabó.
Vais á ver que gran batida
se dispone en vuestro honor.
ALB. ¿Una batida?
SANT. A las reses:
la señora la ordenó
para obsequiaros: por eso
anoche os dijo León
que trajéseis escopetas.
CURA ¡Soberbio! ¡Caza mayor!
¡Los jabalíes!...
SANT. Más de uno
va usté á tirar hoy.

CURA ¿Quién, yo?
¿De veras?
SANT. Y más de un corzo
y venados en montón.
Si está el monte hecho una gloria
de reses...
SEC. No lo hay mejor.
Al venir yo la otra tarde,
de aquí mismo me salió
un jabalí como un toro.
ALB. Y á mí ayer mañana dos.
JUAN Y hoy os saldrán más de ciento;
apuntad con precisión.
SANT. Aquí está ya la señora.
ALB. Que hable el Alcalde por *tóos*.

ESCENA III

DICHOS, SOFÍA, PABLO. Sofía elegantemente vestida con traje de campo y con escopeta

SOFÍA Felices, amigos míos.
PABLO Hola, buena gente... ¡Oh!
¡Señor Cura!...
SEC. (Aparte al Alcalde.) Hable usté, Alcalde.
ALC. (En tono de discurso.)
Señora, tengo el honor
en nombre del *menucipio*,
la indigna corporación
que indignamente presido,
de dirigirla mi voz
aunque indigna...
SEC. (Aparte también.) ¡Que no es eso!
ALC. Vaya; ya se me olvidó.
CURA Mire usted, señor Alcalde;
sin discursos es mejor.
(Entregándole á Sofía un papel que toma de manos del Alcalde.)
Señora, aquí tiene el acta
de la pasada elección.
El candidato, su amigo,
por quien tanto nos habló,
ya es diputado y tenemos

una gran satisfacción
en hacer por nuestra parte
ese pequeño favor
á la que tantos y tantos
á todos nos prodigó.

SOFÍA Mil gracias; yo no merezco
tanta consideración.

ALC. Eso no, que usted merece
cuanto se haga en su favor.
(Volviéndose á sus compañeros.)
¡Viva la madre del pueblo!

TODOS ¡Viva!

SOFÍA Señores, por Dios...

ALB. ¡Viva nuestra providencia!

TODOS ¡Viva!

SOFÍA Basta de ovación
y vamos á lo que importa.
Santiago, ¿se preparó
lo que encargué?

SANT. Sí, señora.
Desde el cerro del halcón
hasta el arroyo del corzo,
yo mismo al salir el sol
tendí á los ojeadores.

SOFÍA ¿Son muchos?

SANT. Bastantes son.
Treinta hombres y tres jaurías;
cuarenta perros.

PABLO ¡Qué horror!
Nos van á dar un concierto...

SANT. Tan sólo esperan la voz
de la bocina y al punto
romperá la procesión.
¡Se van á tirar más reses!...

SOFÍA Eso es lo que quiero yo;
que los señores disfruten.

SANT. Lo harán á satisfacción.

SOFÍA Me han dicho que el señor Cura
es un hábil tirador.

CURA Aficionado, señora.

ALB. ¡Vaya si tiene afición!
Lo menos doce denuncias,
según el juez me contó,
tiene siempre en el juzgado.

PABLO Eso prueba á un cazador.
ALC. ¡Tiene rotas más sotanas
en el monte! Entre el sermón
y la misa y los maitines,
raro es el día de Dios
en que él se vuelva á su casa
sin liebres en el zurrón.
SOFÍA Pues hoy tiene que probarnos
la fama que conquistó:
yo también tiro; veremos
quién mata un ciervo mejor.
ALB. ¡Y que no tira con gracia
la señora!... La ví yo
matar ayer dos perdices...
SOFÍA ¡Eh! Basta de discusión
y vamos á colocarnos
SANT. Usted no se mueva, no,
señora; este es un gran paso:
aquí.
SOFÍA Bueno; pues ya estoy.
SANT. Vosotros idos poniendo
desde aquí mismo al pontón.
Juan os irá colocando.
Vé con ellos. (A Juan.)
SOFÍA (Fijándose en Juan.) Juan, adiós.
No te ví al llegar; perdona.
JUAN (Saludando respetuosamente.)
Señora...
SOFÍA ¿Se descansó?
(A Pablo, señalando á Juan.)
A este es á quien le debemos
más que á nadie la elección.
PABLO Trabajó como una fiera.
SOFÍA (A Juan.)
Quiero pagarte el favor.
Dame la mano.
JUAN (Turbado y sin atreverse.) Señora...
SOFÍA ¿No quieres?
JUAN (Acercándose á ella y dándole la mano muy emocionado.
¿No querer yo?
SOFÍA ¿Qué te pasa? ¿Por qué tiemblas?
JUAN La sorpresa... la emoción...
SOFÍA Vaya; coloca la gente

donde Santiago indicó.

JUAN Venid todos.

SOFÍA Señor Cura,
buen pulso y ojo avizor.

SANT. Si no matais veinte reses,
romped la escopeta. Adiós.
(Vanse Juan, el Cura, el Alcalde, el Albéitar y el Secretario.)

ESCENA IV

SOFÍA, PABLO y SANTIAGO

SANT. (A Sofía.)
Usted se queda aquí mismo,
en esta mata; el señor
se vendrá al puesto inmediato;
también es buen sitio.

PABLO No,
Santiago; yo aquí me quedo;
no es la caza mi afición.
Veré tirar á tu ama
tranquilamente...

SOFÍA Mejor;
así tendré compañía.

SANT. Pues entonces me voy yo.
No se impacienten ustedes
si esperan una hora ó dos,
porque el ojeo es muy largo.

PABLO Estando en conversación...

SANT. (Vacilando.)
Me voy; pero antes...

SOFÍA ¿Qué quieres?

SANT. Señora, quiero un favor.

SOFÍA ¿Cuál es?

SANT. Que hable á Juan, señora.

SOFÍA ¿A Juan? ¿Pues qué te ocurrió?
Cuenta.

SANT. Juan iba á casarse
con Rosa, mi hija mayor;
los muchachos se querían
y en todo el pueblo se habló
de la boda. De repente,

y sin ninguna razón,
hará un año ó poco menos
—esto fué cuando llegó
la señora—Juan dió un cambio,
pero un cambio tan atroz,
que ni habló más con mi Rosa,
ni pensó más en la unión.

SOFÍA Pero, y eso, ¿por qué causa?

SANT. ¿Por ventura lo sé yo?
Yo sé sólo que mi chica,
que era hermosa como un sol,
se está quedando en los huesos
y llora con aflicción...
¡Como que la muy borrega
estaba muerta de amor
por Juan!... Y sé que en el pueblo
ya se dice á media voz,
que ni la chica se casa,
ni Cristo que lo fundó.
Con eso pierde mi Rosa...

SOFÍA ¿Y tú, por mi mediación,
quieres ver si Juan?...

SANT. Es claro.
La señora es como un Dios
para él y si ella le dice
que falta á su obligación
no cumpliéndole á mi Rosa
la palabra que le dió...

SOFÍA Pues le hablaré hoy mismo.

SANT. Gracias.

SOFÍA Interpondré en tu favor
ese influjo que aseguras
ser tan grande.

SANT. Con razón
se dice que la señora
es nuestro ángel protector.

SOFÍA Vete tranquilo.

SANT. Hasta luego,
señora, y mucha atención,
que aquí van á venir reses...

SOFÍA Que vengan; tanto mejor.

SANT. Es que vienen muy deprisa
los venados.

SOFÍA Ya sé yo;

pero más corren las balas
y he puesto en el rifle dos. (Vase Santiago.)

ESCENA V

SOFÍA y PABLO

SOFÍA ¿Conque al fin hemos logrado
á sangre y fuego vencer?
PABLO Ya lo puede agradecer
el flamante diputado.
Mañana la historia entera
sabrá.
SOFÍA ¿Tan pronto se va?
PABLO Aquí nada hay que hacer ya
y en Madrid Carlos me espera.
SOFÍA Pues al darle este papel,
causa de tanta porfía,
dígale que alguien le envía
el alma entera con él.
PABLO No haré yo tal imprudencia.
SOFÍA Es verdad; perdón invoco.
PABLO ¿Quién va á recordar á un loco
la causa de su demencia?
SOFÍA ¿Luego Carlos no me olvida?...
PABLO ¿Olvidarla? Ni un momento
la aparta del pensamiento.
¡Si el recordarla es su vida!
Carlos no es ya ni la sombra
de aquel mozo alegre y vivo:
se ha vuelto uraño y esquivo;
maldice, llora, la nombra;
dice que usted le engañó,
que morirá de amargura...
SOFÍA No se esfuerce en la pintura;
lo sé; dice lo que yo.
Dolor de amante, si es hondo,
siempre es igual en cualquiera:
queja y reproche por fuera;
pena y amor en el fondo.
PAB. Él piensa que usté emigró;
que vive en tierra distante.
¡Si viese que en este instante

me encuentro á su lado yo!...

SOFÍA No; que nunca sepa nada.

PAB. Yo también llegué á pensar
que usted se iría á Ultramar
cuando su fuga impensada.
Jamás hubiera soñado,
al venir á este rincón
para hacerle la elección,
por Carlos comisionado,
que usted, cuya ausencia llora,
y por quien sufre y se abate,
iba á ser en el combate
de su triunfo defensora.

SOFÍA ¿Dice usted yo? ¿Quién diría
que soy yo misma?

PAB. Cualquiera;
siempre es usted la hechicera,
la incomparable Sofía.

SOFÍA ¡Lisonja!

PAB. No, ciertamente.

SOFÍA ¿Piensa usted que eso me agrada?
Yo soy una desgraciada,
yo soy una penitente.
De un solo bien voy en pos,
y alcanzarlo no he podido:
quiero olvidar, y el olvido
es lo que me niega Dios.

PAB. ¿Olvidar?

SOFÍA ¡Si yo pudiera
arrancar de mi memoria
toda mi anterior historia,
y aquí sola mi alma entera
dar á Carlos y mi sér,
sin que á ese sueño dorado
las sombras de lo pasado
vinieran á ennegrecer!...
Sólo ese bien á alcanzar
mi loco empeño se lanza,
—que, aun siendo sin esperanza,
siempre es muy hermoso amar—
pero, ¡ay! «piensa que eras antes»
al ir á acordarme de él
me repiten en tropel
las sombras de mis amantes.

«¿Tu sueñas con las delicias
de un amor noble y honrado,
tú, que en público mercado
has vendido tus caricias?
¿Estás demente, mujer?
¿Tú amor? Tu oficio es fingir.
podrás llegarlo á sentir,
pero no hacerlo creer.
Esas joyas que á millares
sobre tu cuello deslumbran,
quizás con su luz alumbran
la ruina de otros hogares.
Sigue con tu vil oficio;
sufre y muere con valor,
mas no ofrezcas al amor
lo que le ha sobrado al vicio.»
Esto me dice un acento
que cual un puñal me hiere;
apenas á Carlos quiere
volar loco el pensamiento.
¡Es un castigo cruel,
es una horrible tortura
no tener ni la ventura
de poder pensar en él!
Juzgo que de este quebranto
no sufriera la condena,
si Dios, al darme la pena,
no me hubiese dado el llanto.

PAB. ¡Desgraciada!

SOFÍA Con razón
lo dice: lo soy en todo.

PAB. Pero amando de ese modo
á Carlos, con tal pasión,
¿por qué huyó usted, si él pagaba
su cariño con exceso?

SOFÍA Precisamente por eso,
porque me amaba y le amaba.
Comedianta del amor,
hasta el día en que le ví
jamás por nadie sentí
ese goce embriagador.
Pero ví á Carlos, le amé,
en él puse mi alma entera,
y entonces, por vez primera,

con horror me contemplé.
Al amar y ser amada
—Dios sabe que con verdad—
sentí la necesidad
de ser digna y respetada.
Ví, con dolor penetrante,
que serlo ya no podía:
¿qué iba á hacer? Yo no quería
que Carlos fuese mi amante.
¿Ser él de otros sucesor?
¿Aceptar yo de su mano
oro, joyas, lujo vano...
y eso, á cambio de mi amor?
Jamás. Sepultarme en vida
me propuse, y lo cumplí;
aquí me encerré, y aquí
moriré desconocida,
bajo el pesar que me oprime,
sin buscar otra corona
que saber que Dios perdona
cuando el dolor nos redime.

(Desde el principio de esta escena se oirá confuso y lejano rumor de voces y ladridos, que al llegar aquí se acentuará y se mezclará con el de disparos de armas de fuego, todavía á muy larga distancia.)

PAB. Usted ya lo ha conseguido:
no busque más redención.
Tiene un noble corazón;
ha luchado y ha vencido.

SOFÍA Que Carlos sea dichoso
es cuanto mi alma desea.

PAB. ¡Quién sabe! Quizá lo sea
si encuentra olvido y reposo.
Hoy, aun sufre demasiado.

SOFÍA ¡Pobre Carlos! Me figuro...

PAB. Recibió un golpe muy duro
para un hombre enamorado.
Su fuga...

SOFÍA Más sufrí yo,
y bien tuve que ser fuerte.

PAB. ¡Si estuvo casi á la muerte!
Y después enloqueció.
Aun hoy mismo su cabeza
no parece muy segura:

habla solo, llora, jura
que es una indigna bajeza
que ceda ante el mundo un hombre,
y que, si llega á encontrarla,
contra todos ha de darla,
al par que su amor, su nombre.

SOFÍA (Con viva alegría.)
¿Carlos piensa?...

PAB. Eso decía,
ardiendo en amante llama.

SOFÍA ¿Es posible? ¿Tanto me ama?...

PAB. Y de seguro lo haría.

SOFÍA ¿Yo ser su esposa? ¿De veras?
¿Yo su nombre, que bendigo,
poder llevar? Mas, ¿qué digo?
¡Dejadme, locas quimeras!
Dichas que no he de lograr,
pretender es necio empeño;
mientras más dulce es el sueño,
más triste es el despertar.
¿Carlos, capaz me juzgó
de aceptar lo que ha pensado?
Nunca; él tiene un nombre honrado;
no he de manchárselo yo.

(Al llegar aquí, las voces y el ruido, que habrán ido siendo mayores y acercándose más gradualmente, se oirán ya claros y distintos. A cada momento sonarán nuevos disparos, y se oirán gritos de «¡Ahí va el venado!» «¡Ahí va el jabalí!» «¡Ahí van!» «¡Ahí van!» Esto, unido al constante ladrar de los perros, constituirá un clamoreo alegre, cada vez más cercano.)

PAB. Vaya, dejemos de hablar
de asunto tan triste y grave.
Alegrémonos. ¡Quién sabe!...

SOFÍA Dice usted bien. ¡A cazar!

(Coge la escopeta, que habrá dejado junto á un árbol, y se coloca en la mata que Santiago la indicó. Pablo se sitúa junto á ella.)

Ya se acerca el clamoreo
de las voces, y ha sonado
algún tiro hacia aquel lado.
Eso es que viene el ojeo.

PAB. Pues á su puesto, señora.

SOFÍA Volveré á ser la Sofía

de otros tiempos. Yo tenía
fama de gran cazadora.

PAB. (Oyendo.)
Más tiros...

SOFÍA Se acerca y crece
el concierto de las voces.

PAB. Los perros están atroces.

SOFÍA La caza los enardece
(Señalando hacia el interior.)
Mire usted; un jabalí
corre por aquellos cerros.

PAB. Verdad; lo acosan los perros.

SOFÍA Ese no viene hacia aquí.
En cambio, sobre la loma...
(Señalando á Pablo.)
¿Qué ve usted hacia aquel lado?

PAB. (Mirando.)
Sí, sí; parece un venado
lo que entre el jaral asoma.

SOFÍA Es un ciervo.

PAB. ¡Buena pieza!
¡Soberbia cabeza tiene!

SOFÍA Mire usted qué hermoso viene,
rompiendo monte y maleza.
Parece que va volando.

PAB. Se acerca.

SOFÍA De morir trata.
Tápese usted con la mata.

PAB. Se paró.

SOFÍA Viene escuchando.
¡Silencio!

PAB. Por fin rompió.
¡Anda, y cómo corre ahora!
¡Eh! Que se escapa, señora.

SOFÍA (Apuntando.)
No; que ya es nuestro.
(Dispara.) ¡Cayó!

PAB. ¡Bravo! ¡Bien!

SOFÍA No ha estado mal,
¿verdad?

PAB. Con razón me admiro:
ha sido un soberbio tiro,
y es un ciervo colosal.

SOFÍA Busquémosle; cayó allí.

PAB. Ya vienen por aquel lado.
UNA VOZ (Dentro.)
¡La señora lo ha matado!
OTRA ¡Aquí está el venado, aquí!

ESCENA VI

DICHOS, JUAN, SANTIAGO, EL ALCALDE, EL CURA, EL ALBEITAR, EL SECRETARIO, guardas, ojeadores, hombres de campo

SEC. ¡Vaya una gran escopeta!
ALB. ¡Eso es tirar con salero!
ALC. ¡Y que iba poco ligero
cuando dió la voltereta!
CURA Aquí lo traen.
(Entran varios hombres cargados con el ciervo muerto, que dejan en medio de la escena. Todos se acercan á verlo.)
ALC. No es mala
la pieza.
CURA Digna de un rey.
ALB. Y que está matado en ley:
Mirad dónde está la bala.
En el codillo.
SOFÍA Ahí le dí.
CURA ¡Vaya un ciervo! ¡Qué hermosura!
SOFÍA ¿Y usted, qué ha hecho, señor Cura?
CURA Yo he matado un jabalí.
ALB. Yo uno chico: un lechoncillo.
ALC. Pues yo dos en un recodo...
SANT. Siete piezas entre todo.
SOFÍA Pues con ellas al castillo.
Y desde allí hasta el lugar
las cargais en un volquete.
Yo os las regalo.
ALB. ¿Las siete?
Pues vamos á reventar.
PAB. ¡Ea, andando; quiero ver
toda esa caza reunida!
(A Sofía.)
¿Viene usted?
SOFÍA Voy en seguida;
Tengo antes algo que hacer.

PAB. ¿Qué tiene que hacer aquí?
SOFÍA Hablar á Juan.
PAB. ¡Ah! Ya infiero...
SOFÍA Cumplir á Santiago quiero
la palabra que le dí.
Poco nos esperarán.
PAB. (A los ojeadores.)
Vaya, vaya, ¿qué aguardamos?
Coged á ese bicho, y vamos.
SOFÍA Id todos. Espera, Juan.
(Los ojeadores cargan de nuevo con el venado y se marchan todos, menos Sofía y Juan.)

ESCENA VII

SOFÍA y JUAN

(Durante toda esta escena, Juan debe permanecer con el sombrero en la mano y en actitud respetuosa.)
SOFÍA Tengo que hablarte un momento.
JUAN Mande vuecencia, señora.
SOFÍA Ya te he dicho antes de ahora
que no quiero tratamiento.
JUAN Tomé la costumbre ya.
El ama antigua exigía...
SOFÍA Bien, pero ella lo tendría
y yo no.
JUAN Lo mismo da.
Vuecencia, no es para mí
menos.
SOFÍA ¡Dale! ¡Qué insistencia!
JUAN Si es que se enfada vuecencia...
SOFÍA Hombre, no: llámame así
si quieres; no he de obligarte
ya que estás tan obstinado.
Pero hablemos; te he llamado
por que quiero regañarte.
JUAN ¿He faltado á la señora?
Confieso que no he querido...
SOFÍA No, Juan; ni me has ofendido
ni de mí se trata ahora.
Sé que existe en el lugar
—por cierto muerta de pena—

una chica honrada y buena
con quien te ibas á casar.

JUAN ¿Rosa le ha dicho á vuecencia?...

SOFÍA Ella no; pero he sabido
que tú te has arrepentido
sin razón, en apariencia,
y no encuentro que es formal
sin una causa de peso...

JUAN Sí, señora, lo confieso
yo me he portado muy mal.
Negándolo mentiría.
Rosa es buena.

SOFÍA Y siendo así,
¿por qué no te casas, dí?

JUAN Porque... (Vacilando, turbado.)
Porque no podría.
Yo no miento; no la quiero.

SOFÍA Pues antes bien la quisiste
cuando palabra le diste
de matrimonio.

JUAN Sí; pero...

SOFÍA No se olvida así un amor
sin motivo grande ó chico.

JUAN Si yo mismo no me explico
lo que pasa en mi interior.
Yo estaba loco por Rosa
y—no quisiera ofender—
pero no hallaba mujer
más cabal ni más hermosa.
Cuando ella á mí se acercaba
y «te quiero» me decía.
de gozo me parecía
que el alma se me ensanchaba.
Después, sin saber por qué,
empecé á cambiar de idea;
me pareció tosca y fea
y por dejarla acabé.

SOFÍA No me vengas con patrañas
que de mentir ya no es hora.
Tú amas á otra.

JUAN No, señora:
juro á vuecencia...

SOFÍA Me engañas
¿Quién motivó tal demencia?

JUAN Nadie.
SOFÍA No mientas así.
JUAN Si es que la causa ..
SOFÍA ¿Qué? Dí...
JUAN Si es que la causa es vuecencia.
SOFÍA ¿Yo?
JUAN Cuando vuecencia vino
—un año ha de estar cumpliendo—
yo era... lo que sigo siendo,
un paleto, un campesino;
sin saber casi ni hablar,
que ni el mundo visto había,
ni otras mozas conocía
que las mozas del lugar.
En esto vino vuecencia;
la ví; miré á Rosa luego...
y como no estaba ciego
noté bien la diferencia.
SOFÍA ¿Pero, estás loco de atar?
¿Conque porque yo no sea
según tu opinión muy fea,
tú no te vas á casar?
JUAN Señora, yo solo quiero
servirla; estar á su lado.
SOFÍA Me servirás de casado
lo mismo que de soltero.
JUAN ¡Pues no fuera penitencia,
para mí poco espantosa,
estar casado con Rosa
y estar pensando en vuecencia!...
No tener hora de calma...
vivir triste y disgustado...
con la una siempre á mi lado;
con la otra siempre en el alma...
Si yo no puedo pensar
más que en vuecencia; si en todo...
SOFÍA (Con sorpresa y extrañeza.)
¿Qué es eso? Me hablas de un modo...
Vas á hacerme sospechar...
JUAN Señora ..
SOFÍA Ya tanto celo...
JUAN Perdone si la ofendí.
La señora es para mí
como el Dios que está en el cielo.

Si por ser tosco ó ser franco,
hice á vuecencia un ultraje,
dígamelo sin ambaje
y aquí la lengua me arranco.

SOFÍA No; pero evita, discreto,
que ni hoy ni en otra ocasión
vaya á pasar la adhesión
los límites del respeto.

JUAN Juro que no he de volver...

SOFÍA (¡Pobre Juan! Me causa pena...)

JUAN Estaba el alma tan llena,
que rebosó sin querer.
Pero no más como ahora
le hablaré; yo se lo fío...

SOFÍA Vamos, Juan, amigo mío,
no te enfades.

JUAN ¿Yo, señora?
¿Yo?...

SOFÍA Tú no eres cortesano,
no sabes disimular
y llevas siempre al hablar
el corazón en la mano;
pero modera ese ardor
y haz siempre por contenerlo,
porque, tal vez sin saberlo,
me estás haciendo el amor.

JUAN No, señora; no hay tal cosa;
eso fuera una insolencia:
yo no siento por vuecencia
lo que sentía por Rosa...
¡Vamos, ni lo que sentía
por mi madre que murió!...
¡ya ve vuecencia si yo
á mi madre la querría!...
A eso le llamo yo amar;
pero esto es muy diferente:
esto es algo que se siente
y no se puede explicar:
dolor, sed abrasadora,
placer, angustia, mareo;
algo así como deseo
de morir por la señora;
ansia y más ansia de verla,
sin ningún otro interés,

y como un perro á sus pies
vivir para defenderla...
Ni otro bien ni afán vislumbra,
ni más puedo pretender:
¿iba á soñar con coger
ese sol que nos alumbra?
Yo hasta vuecencia en llegar
no pensé, de juicio falto,
porque el sol... está muy alto
para poderlo alcanzar.

SOFÍA (¡Infeliz!) Yo no merezco
lo que dices, Juan amigo;
mas no me enfado contigo,
antes bien te lo agradezco,
y en prueba de que es verdad
como amiga á hablarte voy:
yo tu desventura soy;
Rosa es tu felicidad.
Cásate; su amor te espera;
haz cuenta que no me has visto;
que yo para tí no existo;
que fuí solo una quimera.

JUAN Eso, nunca: no podré
aunque me eche de su lado.

VOCES (Dentro.) ¡Viva el señor diputado!
¡Viva!

SOFÍA (Con sorpresa.) ¿Qué dicen?

JUAN No sé.

SOFÍA Me ha parecido que oí...

JUAN Gritos de la gente moza.

VOCES (Dentro.) ¡Viva don Carlos Mendoza!

SOFÍA (Con gran emoción.)
¿Don Carlos han dicho?

JUAN Sí.

ESCENA VIII

DICHOS, PABLO

PAB. (Entrando muy agitado.)
¡Qué contratiempo Sofía!

SOFÍA ¿Qué hay?

PAB. Que Carlos ha llegado.

SOFÍA ¡Dios clemente!
PAB. Ha sospechado
que usted...
SOFÍA ¡Lo que yo temía!
PAB. Yo en mis cartas le contaba,
como una cosa corriente,
que cierta dama influyente
por su triunfo trabajaba.
Su nombre me preguntó:
yo no quise contestar
por no hacerle sospechar
y él por eso sospechó...
SOFÍA ¿Y vino?
PAB. Tras mí corría.
Todo lo sabe; me ha visto.
SOFÍA Y ahora ya ¿cómo resisto?
¿de dónde saco energía
si me delata mi anhelo?...
PAB. Ya viene.
SOFÍA ¡Suerte cruel!
Déjenme ustedes con él
y que me proteja el cielo!
(Vanse Juan y Pablo.)

ESCENA IX

SOFÍA y CARLOS

SOFÍA ¿Quién rompe tan dulces lazos?
CAR. (Entrando apresuradamente y acercándose á ella á quien estrecha en sus brazos.)
¡Sofía!
SOFÍA ¡Carlos!
CAR. ¡Sofía!
¡Al fin, al fin eres mía!
¡Al fin te tengo en mis brazos!
SOFÍA ¿Tú aquí? ¿Qué buscas? ¿Qué esperas?
Tu loco empeño me mata.
CAR. ¿Y eso me dices, ingrata?
Pero no... ¡dí cuanto quieras!
Mientras hablas bebo aquí
el remedio á mis enojos:
¡al par el alma y los ojos

vienen sedientos de tí!

SOFÍA Insensato, ¿á dónde vas?
¿Qué pretendes de esa suerte?

CAR. ¿Dices qué pretendo? Verte:
no pretendo nada más.
Pues te tengo y eres mía,
nada ambiciona mi anhelo;
si ahora me diesen el cielo
por tí lo desdeñaría.

SOFÍA ¿Y piensas que yo he de darte?...
Imposible. Huye de aquí.

CAR. Imposible para mí
sólo hay uno: no adorarte.

SOFÍA Carlos mío, nada esperes;
basta ya de desvarío.

CAR. ¿Tú me dices Carlos mío?
¿Luego me quieres? ¿Me quieres?

SOFÍA ¡Ingrato! ¿Pues ya te olvidas?...
¡Me lo pregunta y lo toca!

CAR. Quiero oirlo de tu boca
no una vez, muchas seguidas.
Sólo esa voz me promete
venturas, placer, encanto...

SOFÍA Pues óyelo; te amo tanto,
tanto... que te digo «vete.»

CAR. Inaudita terquedad.

SOFÍA Más bien pena merecida.
Déjame aquí, redimida,
morir en la soledad.
¿Si no es mentido tu amor,
cómo me vas á exigir
que vuelva al mundo á lucir
mis galas y mi impudor?
¿Quieres que diga, insultante,
la gente al verme volver:
«ya pareció esa mujer;
viene con un nuevo amante:
y quién es, quién es el tal?...»
No, nunca. Si eso has pensado,
por Dios que me has calumniado
y que me juzgas muy mal.
Yo hago de tu amor un culto,
que tú sin duda mereces,
pero eso que tú me ofreces,

más que amor es un insulto.

CAR. Vamos, ¿acabaste?

SOFÍA Sí.

CAR. Pues ahora yo hablarte quiero.
Que me oigas con calma espero,
como con calma te oí.
Contra lo que tú has pensado
no vengo á ofrecerte dones,
ni á pedirte que abandones
el retiro que has buscado.
No quiero obligarte á hacer
nada que te haga sufrir:
sólo amor vengo á pedir
y sólo amor á ofrecer.
Si el mundo te causa hastío,
aquí viviré en reposo.
¿Dónde no seré dichoso
teniéndote al lado mío?
Pero aquí, ó en otra parte,
como mi amor es profundo,
como ni me importa el mundo,
ni me avergüenzo de amarte,
y como verte dichosa
busco y ser tuyo de veras,
aquí ó allá, donde quieras,
serás ante Dios mi esposa.

SOFÍA Carlos...

CAR. ¿Qué dices, ingrata?
¿qué respondes? ¿qué has pensado?

SOFÍA Digo que tengas cuidado,
que también la dicha mata.

CAR. ¿No me respondes que sí?

SOFÍA ¡Ay, Carlos; lástima ten!
¿A qué soñar con un bien
que no ha de ser para mí?
No me ofrezcas gloria tal
porque aumentas mi tormento:
no hagas morir al sediento
delante del manantial.

CAR. ¿Pues no te lo ofrezco yo?

SOFÍA ¡Cuánta amargura me cuestas!

CAR. Pero, en fin, ¿que me contestas?

SOFÍA Pues bien, contesto que no.

CAR. ¿Que no?

SOFÍA Que no: nada quiero.
CAR. ¿No me amas?
SOFÍA Pues por lo mismo.
Por mí no habla el egoismo;
habla el amor verdadero.
¿En quien soy yo no has pensado?
El mundo...
CAR. Me importa poco
que me llamen cuerdo ó loco
si soy feliz á tu lado.
SOFÍA ¿Y lo serías quizás?
¿Acaso mi historia ignoras?
CAR. Yo sé sólo que me adoras
y no quiero saber más.
Lo pasado ya pasó;
¿quién piensa en la historia aquella?
tu llanto borró su huella;
mi cariño la olvidó.
Estrechemos nuestros lazos
sin ningún recuerdo triste:
tu historia anterior no existe:
tu vida empieza en mis brazos.
SOFÍA ¿Vas al mundo á renunciar?
CAR. Huye el amor del bullicio.
SOFÍA Me ofreces un sacrificio
que yo no puedo aceptar.
Vuelve al mundo; en él la suerte
te brinda triunfos, placer;
deja á esta pobre mujer
que nada puede ofrecerte.
CAR. ¿Me desprecias?
SOFÍA Eso no.
CAR. Te ofrezco la vida mía.
¿Tú no la quieres, Sofía?
¡Tampoco la quiero yo!
SOFÍA (Acercándose á él asustada.)
Carlos... ¡Qué monstruosidad!
CAR. La muerte cura el hastío.
SOFÍA ¿Tú morir? ¿Tú, Carlos mío?
¿Y por mí? ¡No, por piedad!
Dí que has mentido; me espantas:
no tardes; ve mi agonía.
Mira, soy yo, tu Sofía,
quien te lo pide á tus plantas.

CAR. ¿Tú, mía?
SOFÍA Pues, ¿no lo soy?
Da palabra de no hacer...
CAR. Dí que serás mi mujer
y cuanto quieras te doy.
SOFÍA ¿Y si cedo, si no hay modo?...
CAR. Terminará mi tormento.
SOFÍA Pues escucha un juramento
que quiero hacerte ante todo.
CAR. De otra cosa voy en pos:
quiero que digas...
SOFÍA Espera.
Juro que, si al fin cediera,
te amaría como á un Dios;
juro que, si eres mi esposo,
dará esta pobre mujer
su alma, su vida, su sér,
todo, por verte dichoso;
y juro, de mí segura,
que si me dejas de amar,
me sabré sacrificar
en aras de tu ventura.
CAR. ¿No amarte yo? Loco sueño.
Y ahora, dí: ¿qué has decidido?
SOFÍA Ahora de nuevo te pido
que desistas de tu empeño.
CAR. ¡Ah! No, no.
SOFÍA Tu afán me acosa.
CAR. No me quieras engañar.
Ahora me vas á jurar
que has de ser pronto mi esposa.
¿Me quieres enloquecer?
Vamos, dímelo... ¿qué esperas?
¿Que serás?...
SOFÍA (Con arranque y ternura.)
Lo que tú quieras.
¡Tu manceba ó tu mujer!
Tu esclava.
CAR. ¿Tú, vida mía?
SOFÍA Eso sólo ser anhelo.
CAR. No; serás mi luz, mi cielo,
mi alma entera, mi Sofía.
Déjame mirarme así
en tus bellos ojos suaves.

SOFÍA ¡Pobres ojos! ¡Tú no sabes
cuánto han llorado por tí!
No son los mismos. Tu ausencia
abrió del llanto el raudal:
manchó la lluvia el cristal
y perdió su transparencia.
Si el cambio te da dolor,
mírate tú mucho en ellos,
y volverán á ser bellos
por milagro del amor.

CAR. Sí; quiero verlos lucir.

SOFÍA ¡Calla, calla! Siento ruido.

CAR. Es Pablo. (Viéndolo llegar.)

PAB. (Entrando.) Perdón les pido
si les vengo á interrumpir.

ESCENA X

DICHOS y PABLO

CAR. Jamás estorba un amigo.

SOFÍA ¿Lo puede usted suponer?

CAR. Y menos si viene á ser
de nuestras dichas testigo.
Abrázame... ¡Qué alegría!

PAB. Pues, ¿qué pasa? Soy curioso.

CAR. Pasa, que al fin soy dichoso;
que me caso con Sofía.

PAB. ¿Tú?

SOFÍA (A Carlos.)
¿Ves? Se asombra al oir...

PAB. (Queriéndose disculpar.)
¡Oh! no tal; me sorprendió...

CAR. Ser mi esposa me juró:
no se puede arrepentir.

SOFÍA Pero, ¿usted qué dice, Pablo?
¿Verdad que es una locura?

PAB. Si la ama á usted como jura,
digo que hace bien, ¡qué diablo!

CAR. Tú hablas con el corazón.
¡Muy bien!

PAB. Ahora, tú sabrás
si en tí el amor puede más

que el mundo y que su opinión,
porque si—lo que no admito—
en tu amor no hay consistencia,
entonces creo en conciencia
que cometes un delito.

CAR. ¿Qué me importa renunciar
al mundo? Lo haré contento.

PAB Pues, mira, en este momento
viene á tu puerta á llamar.

CAR. ¿El mundo?

PAB. El de este rincón.
Los que la elección te han dado,
quieren ver al diputado:
ahí viene una comisión
de paletos de la aldea.

SOFÍA (Entregándole un papel.)
¡Ah! Darte el acta me olvidé.
¡Bien por ella trabajé!

CAR. (Tomando el papel y besándolo.)
Entonces, ¡bendita sea!

PAB. Ya vienen. Calma tu afán
y modera tus transportes.

VOCES (Dentro.)
¡Viva el diputado á Cortes!
¡Viva!

PAB. Ellos son; ahí están.

ESCENA XI

DICHOS, JUAN, SANTIAGO, EL CURA, EL ALCALDE, EL ALBEITAR y EL SECRETARIO

CAR. (Saliendo al encuentro de los que llegan, y saludándolos.)
¡Oh! Señores... (Buen concurso.)

SEC. (Al Alcalde, aparte.)
Hable usté, Alcalde.

ALC. (Idem al Secretario.)
Hombre, espera.

SEC. Y á ver si esta vez siquiera
no se le olvida el discurso.

ALC. (Dirigiéndose á Carlos con solemnidad.)
Señor diputado: usía

tiene la satisfacción
de hablar con la comisión
que el *Menucipio* le envía.
En esta localidad
—porque lo hemos elegido—
de las *urnias* ha salido
con toda felicidad.
Y como ya usía es
su indigno representante,
porque ha salido triunfante,
yo soy el Alcalde, y... ¡pues!
El sufragio es la verdad;
digámoslo á boca llena...
(Dirigiéndose á él, después de un momento de vacilación y dándole familiarmente la mano.)
Y en fin.. la familia, ¿buena?
Por aquí sin novedad.

CAR. Yo estimo esos cumplimientos,
y trataré diligente...

ALB. Acá somos buena gente;
con poco estamos contentos.
Conque se acabe el ramal
de la antigua carretera,
y para esta primavera
tengamos un hospital;
con traer la Guardia civil,
echar un puente en el río,
darle un destino á mi tío
y hacer un ferrocarril;
conque tenga, como antaño,
trabajo el que lo ambicione,
y conque se nos perdone
la contribución este año;
con cinco ó seis boberías,
como las que he dicho ya,
no le pediremos *ná*...
lo menos en quince días.

CAR. Yo veré con detención...
Pero ahora, perdón les pido
si, por el pronto, descuido
vuestra representación.

ALC. ¿Eh?

ALB. ¿Descuidarla?

CAR. Ultimar

otro asunto antes deseo.
El señor Cura, á quien veo,
me puede en esto ayudar.

SOFÍA (Comprendiendo su intención.) (Aparte.)
No; calla.

CAR. (Aparte también.)
Quiero que sea
conocida mi ventura.
Dígame usted, señor Cura;
¿habrá un templo en esta aldea?

CURA. ¡Magnífico! San Miguel.

CAR. ¿Y un altar?...

CURA De los mejores.
La Virgen de los Dolores
brilla como un sol en él.
De fijo que ni en el cielo
tan hermosa se presenta
como en su altar, cuando ostenta
su manto de terciopelo.
De la señora fué el dón.

CAR. Pues mande usted preparar
al punto templo y altar
porque va á haber gran función.
Y entre luces y entre flores
—cuantas se puedan reunir—
prepárese á bendecir
ante Dios unos amores.

SEC. ¿Boda?

CURA Sepamos ahora
quienes son los contrayentes.

CAR. Ambos estamos presentes.

CURA ¿Usted?

CAR. Yo, y esta señora.

SOFÍA ¡Loco! (Con cariño.)

CAR. Ya no hay remisión.

JUAN ¿La señora? (Con asombro.)

CURA. Quién diría...

ALC. ¡Toma! Por eso tenía
tanto empeño en la elección.

SEC. ¿Conque habrá boda?..

ALB. ¡Y jaleo!
¡Vaya! ¡Y que el novio no es fino!...

CAR. Cuanto queráis. Fiesta y vino
y música y bailoteo.

No os quiero nada negar.

ALB. Pues va á ser eso la gloria.

CAR. Quiero que quede memoria
de mi dicha en el lugar.
No hacerlo fuera un oprobio.

ALB. ¡Vaya un rumbo!

ALC. Bien hablado.

ALB. Eso es un gran diputado.

SEC. Y un gran hombre.

ALC. Y un gran novio.

CAR. Cuento impaciente las horas...

ALB. La gran pareja que harán.

SEC. (A Juan.) ¿Y tú, no te alegras, Juan?

JUAN (Dominando su tristeza.)
¿Yo? Sí.

SEC. Parece que lloras.

JUAN Tú sueñas. ¡Qué desvarío!

SEC. ¡Pues ni que fuera cegato!
Tú lloras.

JUAN (Con rabia, lanzándose sobre él.)
¡Calla ó te mato!
(Dominándose y aparentando calma.)
¿No estás viendo que me río?

CAR. ¿Eres feliz? (A Sofía.)

SOFÍA (Conmovida.) Gozo y lloro;
siento á un tiempo duda y fe.

CAR. ¿Pues qué tienes?

SOFÍA No lo sé;
yo sé solo que te adoro.
¡Protégenos, Virgen pura!

CAR. Invócala y no estés triste:
¡el manto que tú le diste
ampara nuestra ventura! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho de Carlos, lujosa y convenientemente adornado. Mesa y librerías. Puertas al fondo y á los lados. En uno de éstos un balcón.

ESCENA PRIMERA

CARLOS, SOFÍA

CAR. (Sentado á la mesa y dejando de examinar unos papeles que tendrá delante)
Aquí dejo la tarea,
que hoy estudié por demás.
Este asunto es endiablado;
no sé que resultará.

SOFÍA Trabajas mucho.

CAR. ¿Qué quieres?
Es preciso acreditar
el bufete: ya estás viendo
qué buen resultado da.
Los clientes van aumentando.

SOFIA ¡Ojalá no aumenten más!
Entre el bufete y las Cortes
estás hecho un azacán.

CAR. Es mi porvenir: soy joven
y no debo descuidar
hoy que puedo. .

SOFÍA Si te agrada
no te diré que hagas mal,
pero yo—te lo confieso—
yo era más feliz allá,

en nuestro castillo, solos,
amándonos sin cesar.
Aquí, por más que lo niegues,
los pleitos son lo esencial.
Para decirte que te amo
tengo á veces que buscar
la ocasión... y si la encuentro
no me quejo; menos mal.

CAR. ¡Quimeras irrealizables!
¡Ensueños que hacen gozar,
hasta que al fin nos despierta
traidora la realidad!
Vivir siempre solos; lejos
del mundo; sin ver ni hablar...

SOFÍA Así vivimos un año
y fuiste feliz.

CAR. Sí tal;
pero el campo es fastidioso.

SOFÍA Entonces me amabas más.

CAR. No es cierto: te amo lo mismo.
Pasó—no lo he de negar—
aquel arrebato ciego,
aquel delirio tenaz,
aquella fiebre...

SOFÍA (Interrumpiéndole.) Más claro;
aquella felicidad.

CAR. Eso no; yo soy dichoso
como antes; quise cambiar,
es cierto, volver al mundo,
más no por eso dirás
que te amo menos.

SOFÍA ¡Ay, Carlos,
no lo quiero averiguar!
Si tú no me amaras...

CAR. ¡Loca!
¿Puedes pensarlo quizás?

SOFÍA No lo sé: sé que, aunque quieras
á veces disimular,
tú sufres.

CAR. ¡Qué niñería!

SOFÍA ¿Acaso lo negarás?
Desde que en Madrid vivimos
no tienes hora de paz.
Te humilla ver que la gente,

que te empeñas en buscar,
no quiere tratarme, me huye,
no me saluda...

CAR. ¡Bah! ¡Bah!
Eres mi esposa; contigo
partí mi nombre y mi hogar:
quien tratarte á tí no quiera
tratarme á mí no querrá.
No lo lamento.

SOFÍA ¿Y tu madre?
¿Te es agradable quizás,
siendo tu madre, no verla?

CAR. ¿Lo puedo acaso evitar?
Suya es la culpa.

SOFÍA (Con tristeza.) ¡No quiere
tratarme!

CAR. Pues hace mal.

SOFÍA Pero tú podrías verla:
tú solo.

CAR. ¿Quieres callar?
Puesto que verte no quiere
tampoco á mí me verá:
llevas mi nombre y no sufro
ni á mi madre ultraje tal.

SOFÍA Carlos, tú no eres dichoso
ni aquí nunca lo serás.
Volvámonos al castillo.

CAR. ¡Qué empeño más singular!
Aquí la suerte me ayuda;
tú misma viéndolo estás.
Tengo abierto mi bufete
que honra y ganancia me da:
la política me atrae,
si he de decir la verdad,
y aun aseguran que en ella
tengo triunfos que alcanzar.
¿Iré á renunciar á todo
de pronto, sin más ni más,
porque hipócrita la gente
se empeñe en no perdonar?...

SOFÍA El mundo es de esa manera:
vencerlo no lograrás.

CAR. Pues lucharé, por lo menos.

SOFÍA ¿Y qué sacas con luchar?

Sólo hay un medio que pueda
vencer la dificultad.

CAR. ¿Un medio?

SOFÍA Tú no renuncias
al mundo; quieres brillar;
haces muy bien: yo te estorbo
—no niegues la realidad—
pues bien, partiré yo sola.

CAR. ¿Tú?

SOFÍA Reclamándome está
aquel nido abandonado
de nuestra dicha fugaz.
Nuestro castillo me espera.
Tú te quedas por acá,
trabajas, triunfas, y luego
cuando quieras descansar,
cuando el bullicio te hastíe
y busques la soledad,
vas á verme: allí mis brazos
abiertos te esperarán.

CAR. ¿Y tú piensas que yo puedo
lo que dices aceptar?

SOFÍA Yo misma te lo propongo.

CAR. No hables de ese asunto más.
Te dí palabra, Sofía;
te hice promesa formal
de vivir...

SOFÍA ¡Siempre lo mismo!
¡Promesas!... ¡Palabras!... ¡Bah!...
Amor es lo que yo quiero:
¿qué me importa lo demás?

CAR. También.

SOFÍA Me amas mucho menos:
no quieras disimular.

CAR. Vaya, vaya; aunque te empeñes
disuadirme no podrás.
Ni á mí me importa del mundo,
ni el mundo persistirá
en su actitud...

SOFÍA No estés ciego.

CAR. Tú eres más bien quien lo estás.
El embajador de Italia
nos ha convidado ya
para su baile...

SOFÍA — El primero.
CAR. — Lo importante es empezar.
Cuando en la fiesta te vean...
SOFÍA — Eso no: no me verán.
CAR. — ¿Por qué?
SOFÍA — Porque ir no he pensado.
CAR. — Aunque no quieras irás.
Vé preparando tus galas:
á todas ha de eclipsar
tu belleza. Tengo empeño,
pero empeño muy formal.
SOFÍA — Carlos...
CAR. — Nada; no resistas.
Y me voy, que he de dictar
á mi pasante un escrito
que hemos debido hacer ya.
Vuelvo al punto.
SOFÍA — Pero el baile...
CAR. — No te empeñes, porque vas. (Vase Carlos.)

ESCENA II

SOFÍA, después ANDRÉS

SOFÍA — Ir para verme humillada;
para estar sola y no hablar
con nadie y ver que la gente
se aparta... ¡Qué ciego está!
¡Pobre Carlos!... En su orgullo
siente una herida mortal,
y por curar la que tiene
otra se quiere causar.
AND. — (Entrando con cierto misterio. Lleva en la mano una carta y una caja pequeña.)
¿Señora?...
SOFÍA — ¿Qué hay?
AND. — Esta carta
y esta cajita además.
SOFÍA — ¿Qué es eso?
AND. — No sé; me han dicho
que las debía entregar
á la señora: á ella sola.
SOFÍA — ¿Y quién te dió encargo tal?

AND. (Con malicia.)
Ese señor; el de siempre.
SOFÍA (Con asombro.)
¿Cómo?
AND. El Conde de Altamar.
SOFIA ¿El Conde?
AND. (Aparte.) Y mil pesetillas.
SOFIA (Con mucha energía.)
Pues en este instante vas
á devolver ambas cosas,
que no debiste tomar.
AND. ¿A devolver?...
SOFIA Ahora mismo.
Es la segunda vez ya
que aceptas esos encargos:
te perdoné por piedad
la primera; la segunda
no la puedo perdonar.
AND (Confuso.)
Señora...
SOFIA Y después de hacerlo
—entiéndolo bien—te irás
á buscar otro acomodo.
AND. ¿Me despide?
SOFIA Dicho está.
AND. (Aparte.)
¡Y voy á perder la mina!...
SOFIA No he de verte en casa más.
AND. (Aparte.)
¡Pues apenas se alborota!...
Ella que ha sido... ¡Bah, bah!... (Vase Andrés.)

ESCENA III

SOFÍA, después ADELAIDA y PABLO

SOFIA ¿El Conde otra vez?... Dios mío;
pero, ¿á qué puede aspirar?
¿Por qué me persigue? Siempre
siguiendo mis pasos va.
¿Es posible que ninguno
crea en mí? Todos están
seguros de mi flaqueza:

ese sirviente me da
la prueba... ¡prueba bien dura!
No hay redención que esperar.
No se borra lo pasado;
cuanto haga inútil será.
Cadáver que al mar se arroja,
lo vuelve á la playa el mar.

ADEL. Buenas tardes.

SOFIA (Besándola.) Adelaida...

PAB. ¿Y el pica-pleitos, no está?

SOFIA Vuelve pronto; ha ido al despacho
de su pasante.

PAB. ¿Y qué tal
desde ayer?

SOFIA Perfectamente.

ADEL. Vamos, hija; no dirás
que te visitamos poco:
todos los días.

SOFIA Verdad.
Eres una buena amiga;
yo no sé cómo pagar...

ADEL. Para eso no hay más que un pago:
la amistad pide amistad.

SOFIA Te he dado toda la mía:
creo que no dudarás...

ADEL. Eso no.

SOFIA Tú y tu marido,
por afecto y por piedad,
sois las únicas personas
que trasponen ese umbral.

ADEL. Es que mi señor marido,
que tanto me hace rabiar,
negándose á hacer visitas
que son de necesidad,
para venir á esta casa
no se hace nunca rogar.

PAB. Quiero á Carlos y á Sofía
más que ellos á mí quizás,
que son unos ingratones...

SOFIA Ni en broma puede pasar
que diga usted eso, Pablo.

PAB. ¿Por qué?

SOFIA Porque no es verdad.
Si con usted fuese ingrata,

si yo le pagase mal,
siendo usted tan generoso
conmigo...

PAB. ¿Yo? ¿Dónde está
semejante cosa?

SOFIA ¡Ay, Pablo,
no quiera disimular!
Usted deja que Adelaida
me dispense su amistad,
que se presente conmigo
en público sin cesar,
que me acompañe... No cabe
mayor generosidad.

ADEL. ¡Qué loca!

PAB. Usted es, Sofía,
una mujer noble y leal,
digna por todos conceptos
de nuestra buena amistad;
siendo así, no me parece
que nadie pueda extrañar
ni que á su casa vengamos,
lo cual nos honra además,
ni que mi mujer se ufane
de poderla acompañar.
Esta es la verdad, Sofía,
dicha con sinceridad:
ni piense usted más en ello,
ni hable de ese asunto más.

SOFIA Gracias, Pablo: yo le estimo
los consuelos que me da,
y aun más que por mí, por Carlos:
sin usted, sin su amistad,
tal vez enloquecería
de vergüenza y de pesar.

ADEL. El viene precisamente.

CAR. (Entrando)
¡Cuánto bueno por acá!

ESCENA IV

DICHOS y CARLOS

PAB. Felices, señor letrado.
CAR. ¡Hola, querido!... ¿Qué tal,
Adelaida?
ADEL. ¿Y esos pleitos?
CAR. Aumentando sin cesar.
SOFÍA Demasiado. Todo el día
lo pasa en ese sitial.
CAR. No sabes lo que me alegro
de esta visita. En verdad,
hoy no te esperaba. Quiero
de tí un favor especial.
PAB. ¿Cuál es?
CAR. Que tú y Adelaida
venzais la tenacidad
de mi mujer.
PAB. ¿Pues qué ocurre?
CAR. Oyeme y tú juzgarás.
El embajador de Italia,
que un gran baile el jueves da,
nos ha convidado. A ella
también.
PAB. (Aparte á Adelaida.)
¡Qué fatalidad!
ADEL. (Idem á Pablo.)
Llegó el convite.
CAR. ¿Pues crees
que ella quiere rehusar
no ir á esa fiesta?...
PAB. (Con viveza.) Está claro;
hace bien.
CAR. ¿Eh?
SOFÍA ¿No es verdad,
Pablo?
CAR. ¿Conque ahora resulta
que tú de su lado estás?
¿Donde esperaba un aliado
vengo un enemigo á hallar?
PAB Sí; tú eres un niño grande

y en razón nunca entrarás.

CAR. Pues, aunque tú la defiendas,
yo te aseguro que irá.
Conque nos quejamos todos,
y ella de un modo especial,
de que no la trata nadie,
del aislamiento en que está,
y ahora que la gente empieza,
como era muy natural,
á ceder y la convidan
á un baile, ¿no ha de aceptar?...

PAB. Tú no te convences nunca:
haz tu santa voluntad.
(Aparte á Adelaida.)
Llevate á Sofía, busca
un pretexto..

ADEL. Bien está.

PAB. (Yo le daré la noticia
puesto que hay necesidad.)

ADEL. ¡Ah, Sofía! Ya que hablamos
del baile, ¿me quieres dar
tu opinión sobre un vestido
que voy á hacerme?

SOFÍA Sí tal.

ADEL. Pues vámonos á tu cuarto.
Las muestras dejé al entrar
en la antesala.

PAB. Hasta luego.

ADEL. Poco nos esperarán.
Es cuestión de dos minutos.

PAB. Ya serán algunos más.
¿Mujeres... y hablar de trapos?
No creo en la brevedad.
(Vanse Sofía y Adelaida.)

ESCENA V

CARLOS y PABLO

PAB. Aunque es inútil porfía
luchar contra tu deseo,
hace muy bien—tal lo creo—
en no ir al baile Sofía.

CAR. Pues aunque á tí te moleste
y quieras tenerme á raya,
te digo que haré que vaya
cuésteme lo que me cueste.
PAB. ¿Luego es empeño formal?
CAR. Sí, Pablo; no hay remisión:
¿me das alguna razón
que me pruebe que hago mal?
PAB. Hombre, ya sabes que hay gente
que no puede transigir...
CAR. Pues yo quiero hacerla ir
por eso precisamente.
Al mundo he de acostumbrar
á verla. Ya es fuerte cosa...
¿Por qué motivo mi esposa
con todos no ha de alternar?
PAB. Yo sé que es buena Sofía
y en que la trato me fundo,
pero el mundo...
CAR. ¡Siempre el mundo!
La cantata no varía.
PAB. Es que tu empeño imprudente
todo límite traspasa.
¿No eres feliz en tu casa?
¿Pues á qué buscas la gente?
CAR. Nada me convencerá:
no he nacido para fraile.
Iré con Sofía al baile.
PAB. Vé tú; Sofía no irá.
CAR. ¿Por qué? ¿Porque no te agrada
y con convencerme sueñas?
PAB. Sábelo, ya que te empeñas;
porque no está convidada.
CAR. Tengo aquí la invitación.
Harás al fin que me irrite.
PAB. No, Carlos; ese convite
es una equivocación.
CAR. ¿Eh? ¿Cómo? ¿Sales ahora?...
PAB. Es verdad lo que te digo.
Sabiendo que soy tu amigo
me llamó la embajadora.
Me dijo que ella ignoraba
de tu mujer el pasado,
mas que después le han hablado

varias señoras...

CAR. (Con ansiedad.) ¡Acaba!...

PAB. En fin, que si ella va el jueves,
á ir mucha gente se niega,
por lo cual, Carlos, te ruega
que si tú vas no la lleves.

CAR. ¡Qué terrible humillación!

PAB. Saber quisiste...

CAR. Sí á fe:
te lo agradezco. Ya sé
que no existe redención.

PAB. Nadie sabe esto que digo.

CAR. ¿Qué me queda, Dios piadoso?

PAB. Te queda un hogar dichoso
y te queda un fiel amigo.
El mundo es pura ficción
y suele errar con frecuencia.
¿No le basta á tu conciencia
con su propia estimación?

CAR. No; también quiero el olvido
del pasado: tengo miedo:
no puedo vivir, no puedo,
despreciado, escarnecido...
Viendo que de mi mujer
huye el mundo temeroso
como se huye de un leproso.

PAB. ¡Pobre Sofía!

CAR. ¿Y qué hacer?

PAB. Nada; no mirar atrás;
calmar con tu amor su pena;
tú sabes que es noble y buena,
¿qué te importa lo demás?
¿Por qué, cuando te casaste,
tal riesgo no te ocurrió?
Ella bien te lo advirtió
y tú, terco, te empeñaste...

CAR. ¡La amaba de tal manera!...

PAB. ¿Y ya no la amas?

CAR. ¡Oh! ¡Sí!

PAB. Carlos, bien te lo advertí;
juzgaste amor lo que era
un capricho, una ilusión.

CAR. Eso temo.

PAB. ¡Desdichado!

Ella á tí no te ha engañado:
tú á ella sí.

CAR. Tienes razón.
Mas no temas, por mi fe,
que falte á lo prometido.
Lo quise, soy su marido;
nunca la abandonaré.

PAB. ¿Y con esa triste y fría
limosna de compasión
ya pagas el corazón
que te dió entero Sofía?
No, no; pagado no está;
nada la infeliz reclama:
quiere tu amor porque te ama,
ella pide lo que da.

CAR. Por eso no he de romper
el lazo que á ella me liga:
¿qué más quieres que te diga
ni qué más puedo yo hacer?
Algo horrible en mí batalla;
sufro mucho; siento frío,
vergüenza, dolor, hastío,
¡qué sé yo!...

PAB. (Viéndola.) ¡Sofía! ¡Calla!

ESCENA VI

DICHOS, SOFÍA y ADELAIDA

ADEL. No dirán que hemos tardado
mucho. ¿Verdad?

PAB. Ciertamente.

ADEL. Pues ya está todo corriente
y ya está el traje arreglado.
Esta es quien me lo ha elegido,
y ha de gustar mucho el día
del baile.

CAR. Mira, Sofía;
Pablo, al fin, me ha convencido.
Puesto que á tí te molesta,
y tal vez sola estarás,
entiendo que vale más
que no vayas á esa fiesta.

Más adelante habrá modo
y tú misma querrás ir...

SOFÍA (Con expresión de amargura.)
No te esfuerces en mentir,
Carlos mío, lo sé todo.
Adelaida me contó...

CAR. Entonces farsas no empleo...

SOFÍA Sufres mucho, bien lo veo,
y yo soy la causa, yo.
Carlos, déjame marchar;
vivir lejos de la gente,
muy lejos, donde no afrente
ni tu nombre ni tu hogar.
Nunca feliz has de ser
mientras junto á tí me veas,
y yo quiero que lo seas.

ADEL. Pero, ¿estás loca, mujer?

CAR. Vamos, basta, por favor;
comprende que esta no es hora...

ESCENA VII

DICHOS y UN CRIADO

CRIADO ¿Señor?

CAR. ¿Qué hay?

CRIADO Una señora
que quiere ver al señor.

CAR. ¿Dijo su nombre?

CRIADO No tal.

CAR. ¿Qué busca?

CRIADO Me ha preguntado
por el señor abogado.

PAB. Asunto profesional.

CAR. Hazla entrar. (Vase el Criado.)

PAB. No le estorbemos.

ADEL. Vamos.

PAB. Adiós.

SOFÍA (Marcándoles la puerta.) Por aquí.

PAB. Hasta después.

CAR. ¿Vuelves?

PAB. Sí;
tal vez luego nos veremos.
(Vanse Sofía, Adelaida y Pablo.)

ESCENA VIII

CARLOS y LA CONDESA

Car. ¿Hay nada tan humillante
como este golpe?
Cond. (Desde la puerta.) ¿El señor
de Mendoza?...
Car. Servidor,
señora, pase adelante.
Cond. ¿Me puede usted consagrar
su atención un cuarto de hora?
Car. Con mucho gusto, señora.
Cond. Yo le vengo á consultar.
Esta mañana he llegado
de la hacienda donde vivo,
con el objeto exclusivo
de hablar con un abogado.
Car. De mi escasa competencia,
disponga. Saber deseo...
Cond. En los periódicos leo
sus elogios con frecuencia.
Car. Yo trataré de cumplir
mi deber como hasta ahora,
si usted me dice, señora,
en qué la puedo servir.
Cond. En un asunto enojoso:
para mí lo es en verdad
verme en la necesidad
de litigar con mi esposo.
Car. ¿Usted?...
Cond. Estoy decidida.
Quizá á tanto no llegara
si del bien no se tratara
de los hijos de mi vida;
mas ya no debo esperar...
Car. Diga usted. No conjeturo...
Cond. Mi marido—me es muy duro
tenerlo que revelar;—
nuestra riqueza cuantiosa
dilapida, gasta y cede,
y quiero ver si aun se puede

salvar—no será gran cosa—
pero algo...

CAR. Justo es su afán.

COND. En ellos mis ojos fijos,
quiero que mis pobres hijos
tengan por lo menos pan.
Es cuanto lograr quisiera.

CAR. La ley, que á todos ampara,
al que hace tal, lo declara
pródigo: de esa manera,
pierde la administración...

COND. Pues eso busco; evitar...

CAR. Tal vez podamos lograr
la ansiada declaración.
No es fácil, si no presenta
documentos...

COND. Tengo varios.

CAR. ¿Hay préstamos usurarios,
contratos de retro-venta,
donaciones ilegales?...

COND. Todo eso, y aun más poseo;
tengo pruebas del empleo
que daba á esos capitales.

CAR. Entonces todo va bien.
Y esas pruebas, ¿cuáles son?
¿Patentizan?...

COND. Su traición
y mi desgracia también.
Se cuenta muy brevemente
toda la historia.

CAR. Ya escucho.

COND. Mi esposo, hasta no hace mucho,
fué siempre un hombre excelente;
mas ¡ay! funesta y traidora,
de la senda del deber
le apartó cierta mujer
á quien conoció en mal hora.
Por ella me abandonó,
mató la paz de mi vida,
y es cosa bien conocida
lo que con ella gastó.
Viendo que de su locura
duraba el ciego transporte,
me fuí lejos de la corte

á ocultar mi desventura.
Después... después he sabido
—la fama lo pregonó,—
que aquella mujer huyó,
que él la buscó enloquecido,
y que no pudiendo hallar
al objeto de su anhelo,
buscó en otras un consuelo
que no tardó en encontrar.
Y así vive de una en una
torpe, degradado y loco,
dilapidando lo poco
que aún resta á nuestra fortuna.

CAR. ¿El vive en la corte?

COND. Sí.
Aquí vive, solo y suelto.

CAR. ¿Y usted á verle no ha vuelto?

COND. En seis años no le ví
hasta hoy.

CAR. ¿Hoy le ha vuelto á hallar?

COND. Ahora mismo, casualmente.
Aquí, de esta casa enfrente,
me lo acabo de encontrar.

CAR. Antes de darle dictamen,
puesto que á pedirlo viene,
de esas pruebas que usted tiene
hay que hacer un amplio examen.

COND. (Sacando un fajo de papeles.)
Aquí están y son sobradas.

CAR. ¿Cuáles son? Vamos á ver.

COND. Cartas de aquella mujer
que he descubierto guardadas.
Se las daré á examinar.
Habla en una su querida
de cierta finca vendida
para comprarle un collar.

CAR. ¡Qué locura!

COND. Pues mayores
va usted á verlas en breve:
si usted, como todos, debe
conocer esos amores.

CAR. ¿Yo?

COND. ¡Dieron tanto que hablar!
A decir mi nombre voy,

y usted juzgará. Yo soy
la Condesa de Altamar.

CAR. (Con vivísima sorpresa.)
¿Cómo? ¿Usted?...

COND. ¿Quién hoy en día
no sabe la historia entera
de la hermosa aventurera,
de la célebre Sofía?...

CAR. (Aparte; aterrado.)
¡Justo Dios!

COND. ¡Si eso es sabido
de todos!...

CAR. (Aparte.) ¿Qué le diré?

COND. ¿Quién ignora que ella fué
la ruina de mi marido?
Porque ella tuviese galas
y el vicio tuviese un trono,
el dolor y el abandono
batieron sus negras alas
sobre un hogar, feliz antes;
hizo un vil de un hombre honrado.
¡Con lágrimas se han comprado
sus joyas y sus brillantes!

CAR. (Exaltado y sin poder contenerse.)
¡Basta! ¡Basta, por merced,
que el alma se me destroza!
¡No siga!...

COND. (Con extrañeza.)
Señor Mendoza,
¿qué es eso?... ¿qué tiene usted?

CAR. No, nada; perdón le imploro. (Reprimiéndose.)

COND. ¿Sin duda se conmovió?

CAR. (Turbado.)
¡Oh, sí, sí... mas ya pasó!

COND. Mucho he llorado, y aun lloro.
Pero, en fin, lo principal
es salvar cuanto se pueda.
Desde ahora á su cargo queda
la demanda judicial.

CAR. ¿A mi cargo?...

COND. Aquí le entrego
las pruebas de mis afrentas.
Regalos, recibos, ventas,
pagarés... (Dándole un paquete de papeles.)

CAR. Las veré luego.
Bien, bien.
COND. Las que aparte vienen
son cartas de esa mujer:
todas las debe leer,
que muchas pruebas contienen.
CAR. ¿Yo?
COND. Sí; esta trata de un punto
(Sacando una del paquete y dándosela.)
al que importancia concedo.
Mire usted...
CAR. ¡Basta! No puedo
encargarme de ese asunto.
COND. ¿Cómo?
CAR. (Turbado.)
Lograr no confío...
Cien otros lo harán por mí.
SOFÍA (Entrando alegremente y dirigiéndose á Carlos.)
Carlos... (Viendo á la Condesa.)
¡Ah!... ¡Perdón!... Creí
que estabas solo...
COND. (Fijándose en Sofía y reconociéndola.)
¡Dios mío!

ESCENA IX

DICHOS y SOFÍA

SOFÍA (Reconociendo á la Condesa.)
¡Oh! ¡La Condesa!...
CAR. (Aparte, con desesperación.)
¿Qué hacer?
COND. No sueño, no; bien me fijo.
(A Carlos, con dureza.)
Respóndame usted; lo exijo.
¿Qué busca aquí esta mujer?
SOFÍA (En tono suplicante.)
¡Piedad!
COND. No es este su centro:
con franqueza lo declaro.
Contra ella buscaba amparo...
¡y es ella con quien me encuentro!

SOFÍA ¡Oh!
CAR. (Aparte.) La vergüenza me abrasa.
COND. ¿Qué hace aquí? Puedo saber...
CAR. ¡Eh! Basta ya. Es mi mujer
y está en su casa.
COND. (Con asombro.) ¿En su casa?
¿Su mujer?...
CAR. Mi nombre lleva
y no puedo tolerar...
COND. ¿Me quiere usted engañar?
Querrá decir su manceba.
CAR. No.
SOFÍA (Aparte) ¡Qué afrenta tan cruel!
COND. ¿Quién por ella se desdora?
SOFÍA (A la Condesa, con desesperación.)
¡Ah! ¡Por compasión, señora!...
¡No hable así delante de él!
COND. (En tono irónico.)
¿Teme usted que su amor pierda?
¿Me ruega usted?
SOFIA ¡Qué agonía!
COND. Yo también le rogué un día
por mis hijos... ¿No se acuerda?
¡Y usted no tuvo piedad!...
¡Usted escuchar no quiso!...
CAR. (Cruzándose entre las dos.)
Basta, Condesa; es preciso
que terminemos.
COND. Verdad.
(Recogiendo los papeles que dejó y con altivez é ironía.)
Siento haberle molestado.
Quédese con su... mujer.
Difícil no me ha de ser
hallar mejor abogado.
CAR. (En tono digno.)
Ya esto el límite traspasa.
COND. (Recalcando mucho la frase.)
Debía no haber subido
al hallar á mi marido
á la puerta de esta casa. (Vase la Condesa.)

ESCENA X

CARLOS, y SOFÍA

CAR. ¡Oh! ¡Qué vergüenza! ¡Que horror!
Honra, paz... ¡perdido todo!
Salpica á mi frente el lodo.
SOFÍA (Acercándose á él con ternura.)
Carlos... ¡mi Carlos! ¡mi amor!
CAR. (Rechazándola.)
¡Déjame!
SOFÍA Vivir así
es vivir en la agonía.
Mátame... La culpa es mía;
debes librarte de mí.
CAR. Lo quise; justa es mi pena.
SOFÍA A su pesadumbre cedes.
Ya no me amas y no puedes
soportar esta cadena.
CAR. La arrastraré como el reo;
aun tengo fuerzas; soy hombre.
SOFÍA ¿Por qué acepté yo tu nombre?
¿Por qué cedí á tu deseo?
CAR. Dices bien. ¡Maldito error
que en redimir no confío,
SOFÍA (Con pena y pasión.)
¡Ay! eso no; Carlos mío:
¡no maldigas de mi amor!
Dí que parta y partiré;
que aunque es mucho el bien que pierdo
al culto de tu recuerdo
mi vida consagraré.
Dí que muera y seré fuerte,
sucumbiré con valor:
puede, si es grande el amor,
endulzar hasta la muerte.
Lo haré todo; manda, dí;
dispón y serás servido,
mas de hinojos te lo pido:
¡no hables de tu amor así!
Yo me iré y aun en tu historia
lucirán días serenos,

pero déjame á lo menos
un rincón en tu memoria,
y al mirar á ese rincón
dí, sin pesar y sin llanto:
«pobre mujer; me amó tanto
que bien merece perdón.
Yo tengo goces, delicias;
ella vive eternamente
buscando sobre su frente
la huella de mis caricias,
y pensando—tan impresos
están por los labios míos—
que aun, aunque tristes y fríos,
siente en su boca mis besos.»
Esa será mi ventura
al separarnos los dos.
No me despidas, por Dios,
maldiciendo mi ternura.
Háblame sin agraviar;
mírame menos severo:
—ya ves tú que lo que quiero
no es difícil de otorgar—
dame algo que á mi existencia
devuelva un resto de calma;
¡algo que lleve en el alma
para engañar á la ausencia!

CAR. Poco pides; yo me obligo
á más de lo que has soñado;
pasó la hora del pecado
y empieza la del castigo.
Unirme á tí fué mi afán
y vi mis ansias cumplidas:
no temas; ya nuestras vidas
unidas por siempre están.
De esa dicha fuí en pos
y fuí de esperanza lleno...
¡Vivamos, pues, entre el cieno
que nos salpica á los dos!
Mas no me vengas á hablar
de afectos puros y ardientes;
de asuntos muy diferentes
nos debemos ocupar.
Habla de tiempos pasados,
de escándalos conocidos,

de hombres cien veces vendidos,
y de amantes arruinados;
del esposo de esa dama,
pródigo en joyas y en dones,
que aun al pié de tus balcones
viene á buscarte y te llama...
Habla de eso; desahoga
tu pecho: yo escucharé...
Fango quise, y por mi fé
que lo tengo... ¡y que me ahoga!

SOFÍA ¡Carlos!...

CAR. No; déjame; atrás:
no me persigas: me voy.
Quiero olvidar lo que soy
un momento nada más.
Haz porque yo no te sienta:
mañana hablarás; descuida;
¡nos queda toda la vida
para hablar de nuestra afrenta!
(Carlos rechaza con violencia á Sofía que se acerca á él en ademán suplicante, y se va.)

ESCENA XI

SOFÍA, después ANDRÉS

SOFÍA Aquí mi ventura acaba.
Me rechazó con horror.
Ya es odio lo que era amor...
¡Lo sabía!... ¡Lo esperaba!
¡Corazón, llegó la hora
del sacrificio supremo!
Tendré valor; no lo temo;
justa es mi pena.

AND. (Entrando.) ¿Señora?

SOFÍA ¿Qué hay?

AND. Un guarda, un campesino,
quiere verla con afán.
Dice que se llama Juan,
y que viene de camino.

SOFÍA ¿Será del monte?...

AND. Es posible;
él de una finca ha llegado,

donde, según ha contado,
dejaba un incendio horrible.
Trae esta carta.

SOFIA (Tomando la carta que le presenta Andrés y abriéndola con ansiedad.)
A ver; da.
De Santiago. No la entiendo.
(Leyendo.)
«Señora; el monte está ardiendo
hace más de un día ya.
Hay muchos trabajadores,
pero el aire contrarresta
mi esfuerzo. Juan va con ésta
á informar á los señores.
Tengo muy poca esperanza...»
(Dejando de leer.)
¡Oh! Le voy á contestar
al momento: hay que salvar,
si el fuego al castillo alcanza,
mi ajuar, mi estancia querida...

AND. ¿Y ese hombre que verla quiere?...

SOFIA Dile que pase y se espere,
que yo volveré en seguida.

AND. Voy al punto.

SOFIA En cuanto á tí
me sorprende lo que pasa.
¿Cómo estás aún en mi casa
después que te despedí?

AND. Espero obtener perdón:
mi falta no fué tan grande...

SOFIA Pues no esperes que me ablande:
firme es mi resolución.

AND. Señora, el castigo es fuerte.

SOFIA Servidor quiero más fiel.
(Entregándole la carta que ha leído.)
Da al señor este papel,
y que yo no vuelva á verte. (Vase Sofía.)

ESCENA XII

ANDRÉS, después JUAN

AND. No esperaba esa energía.
¡Echarme cuando la imploro!...
¿Y he de perder el tesoro
que con el Conde tenía?
Nada: no queda esperanza;
pierdo el filón... ¿y por qué?
Porque ella... Bueno; me iré,
mas no me iré sin venganza.
Ya que no la he conmovido.
y que así me dice «vete»,
la carta y el brazalete
los ha de ver el marido.
(Acercándose á la puerta del fondo y llamando.)
¡Eh! ¡Buen hombre! ¡Aquí, adelante!
(Con ira.)
Quien soy yo va á ver ahora.
(Entra Juan.)
De parte de la señora
que le espere aquí un instante. (Vase Andrés.)

ESCENA XIII

JUAN

Aquí vive; esta es su casa:
donde ella habrá estado estoy
y aquí mismo á verla voy...
Yo no sé lo que me pasa.
Tiemblo como un delincuente.
¡Un año!... ¡Un año de duelo!...
Un año sin ver el cielo
que hoy voy á ver nuevamente,
tras tantas horas pasadas
en barrancos y alamedas
buscando por las veredas
las huellas de sus pisadas.
Pero hoy al fin la veré:

la veré, sí... No sosiego:
(Golpeándose el pecho.)
traigo aquí dentro más fuego
que el que en el monte dejé.
Calma; ya cogí su huella
y no temo á los pastores:
aquí estuvo... huele á flores...
es el rastro... ¡el rastro de ella!
Espérala, que vendrá;
ocúltate en la espesura...
Lobo, tu presa es segura:
¡hoy no se te escapará! (Pausa.)
¿De veras la voy á ver?...
¡Oh, no, no!... no lo deseo;
Si la veo... ¡Si la veo
voy á morir de placer!...
¿Por ventura soy de roca?
Querer verla es ser demente.
¿A qué quiero ver la fuente
si no he de mojar la boca?
¿Qué puedo decirla yo
en mi lengua tosca y ruda?...
(Viendo sobre una mesa un retrato de Sofía y cogiéndolo.)
Pero, ¿qué es esto? No hay duda;
es ella... No sueño, no.
¡Oh, qué hermosa!... Está pintada,
mas parece que respira,
que tiene calor, que mira...
Sí, sí; es su misma mirada.
La conozco: la sentí
llegar hasta el alma mía...
Ya no hay noche; ya es de día;
¡ya salió el sol para mí!
(Mirando á todas partes.)
Sólo estoy: nadie me ve...
¿La mancharé?... No quisiera...
(Con arrebato llevándose el retrato á los labios.)
¡Aunque la manche, aunque muera,
la tengo y la besaré!

ESCENA XIV

JUAN y SOFÍA

SOFIA Juan.
JUAN (Dejando el retrato y tratando de serenarse.)
¿Señora?
SOFIA Hay que marchar
otra vez: es un mal trago.
(Dándole una carta que trae.)
Lleva al momento á Santiago
esta carta. Haz por llegar
hoy mismo.
JUAN Marcharé ahora;
¿manda otra cosa vuecencia?
SOFIA ¿Era mucha la violencia
del fuego?
JUAN Mucha, señora.
SOFIA ¿Temes que al castillo alcance?
No mientas.
JUAN A fe de Juan,
que si sigue el huracán
me temo cualquier percance.
SOFIA A las siete sale un tren,
sal en él; vé si demora.
¡Pobre castillo!
JUAN (Despidiéndose.) ¿Señora?...
SOFIA Adiós, Juan, pásalo bien.
JUAN (Aparte, con pena.)
¡Me echa!
SOFIA Trabajad con brío;
contigo, ante todo, cuento.
JUAN (Con amargura, mirando á Sofía.)
¡No verla más que un momento!...
SOFIA Vaya, adiós; anda.
JUAN (Al ir á salir vacila, y está á punto de caer.)
¡Dios mío!...
SOFIA ¿Qué es eso? ¿Qué tienes, Juan?
JUAN Nada, un mareo; no es nada.
Fué muy larga la jornada,
y luego, con el afán,
no he comido...
SOFIA ¡Qué imprudencia!

Y yo, ¡qué egoista he sido!
Ni siquiera te he ofrecido...

JUAN — No se moleste vuecencia.
Habrá sido la impresión
que he sentido... No es extraño;
llevaba cerca de un año
sin esta satisfacción.

SOFIA — ¿Satisfacción?

JUAN — Y consuelo;
después de tan larga ausencia,
volver á ver á vuecencia,
es volver á ver el cielo.

SOFIA — ¿Según eso, todavía
sigues á tu dueña fiel?

JUAN — Juan es el mismo; un lebrel...

SOFIA — Hombre...

CAR. — (Entrando descompuesto y exaltado.)
¡Sofía! ¡Sofía!

ESCENA XV

DICHOS y CARLOS

SOFIA — ¿Qué es eso?
(Juan, al entrar Carlos, se retira hacia el fondo y permanece medio oculto por el cortinaje de la puerta hasta que lo marca el diálogo.)

CAR. — Calla y responde
sin engaños ni doblez.

SOFIA — (Sin comprenderlo.)
¡Carlos!...

CAR. — ¡Ahora soy tu juez!
Mira. (Enseñándole un papel.)

SOFIA — (Con asombro.) ¡Una carta del conde!

CAR. — En tu cuarto abierta estaba.

SOFIA — ¡Qué infamia! Ese hombre está loco.

CAR. — Y por si eso fuera poco
junto una joya se hallaba.

SOFIA — (Con indignación.)
¿Y tú me juzgas quizás
su cómplice?

CAR. — No lo sé,

pero pronto lo sabré.
Lee esta carta.

SOFIA ¡Jamás!

CAR. (Leyendo.) «¿Por qué, Sofía adorada,
te resistes á mi amor?
¿Ya no te acuerdas?...»

SOFIA (Interrumpiéndole.) ¡Qué horror!

CAR. Espera. ¡Si esto no es nada!
«Huiremos: cualquier rincón
nos dará abrigo y reposo.
Hoy, cuando salga tu esposo,
asómate á tu balcón.
Yo subiré y hablaremos.»

SOFIA ¿Y tú piensas que yo admito?
¡Carlos!

CAR. No lo sé, repito;
pero, á fe que lo sabremos.

SOFÍA ¿Cómo?

CAR. ¡El me lo ha de decir!

SOFIA ¿Qué intentas?

CAR. La cosa es llana.
Asómate á esa ventana:
dile que puede subir,
que yo estoy lejos...

SOFIA ¡Gran Dios!
¿Intentas de esa manera?...

CAR. Yo escucharé desde fuera
lo que hablais solos los dos.
¡Sal al balcón!

SOFIA (Con energía.) ¡No saldré!

CAR. ¿Te niegas?

SOFIA Ya me he negado.

CAR. Saldrás por fuerza ó de grado,
porque yo te obligaré.
(Acercándose á ella con decisión.)
¡Vamos!

SOFIA Me estás ofendiendo.

CAR. (Cogiéndola de un brazo.)
¡Ven!

SOFIA Me haces daño.

CAR. (Arrastrándola hacia el balcón.)
¡Ven ya!

SOFIA ¡Carlos!

JUAN (Que desde el principio de la escena habrá seguido

con atención y ansiedad el diálogo, replegado al fondo de la habitación, avanza resueltamente, y cruzándose entre Carlos y Sofía, dice con enérgico ademán:)

¡Eh! ¡Basta! No irá.

CAR. ¿Cómo? (Asombrado.)

JUAN No: yo la defiendo.

CAR. ¿Tú?

JUAN Sí, yo.

CAR. ¿Qué vas á hacer,
villano? ¿Pondrás tu mano?...

JUAN Aquí no hay más que un villano:
¡el que toque á esa mujer!

CAR. ¿Se ha visto igual insolencia?

JUAN ¡Basta, he dicho, por quien soy!...

SOFÍA (A Juan, asustada.)
¡Juan, por Dios!...

JUAN ¡Donde yo estoy,
no hay quien le toque á vuecencia!

CAR. (Con sarcasmo.)
¡Tienes un buen combatiente
que te defienda! ¡Un criado!

JUAN Siempre puede un hombre honrado
defender á un inocente.

CAR. ¿Qué sabes tú?

JUAN Sé que es dama
y que es pura.

CAR. ¿Esa mujer?

JUAN (Sin poderse contener.)
Lo sé. ¿No lo he de saber?
¿Se engaña en eso quien ama?

CAR. (Con asombro vivísimo.)
¿Que tú la amas?

SOFÍA (A Juan.) ¡Loco estás!

JUAN La amo, sí, sin esperanza;
como á un Dios que no se alcanza,
ni ha de alcanzarse jamás.

CAR. ¡Qué vergüenza! ¡Qué abyección!

SOFIA (A Carlos, suplicante.)
Carlos mío, ten en cuenta...

CAR. No era completa mi afrenta:
me faltaba este baldón.

SOFIA ¿Tú me tienes en tan poco?...

CAR. (Volviéndose contra ella.)
Vas á morir; soy tu juez.

SOFIA (Con desesperación.)
¡Sí; mátame de una vez!

CAR. (A Juan con ira y desprecio.)
En cuanto á tí, no te toco,
porque al tocarte me infamo.

JUAN (Yendo hacia él.)
¡Basta ya! ¡Ni á ella ni á mí!

CAR. ¿Te atreves?...

SOFIA (Cruzándose entre ambos y dirigiéndose á Juan, con energía.)
¡Eh! Perro; aquí.
¡Aquí! ¡A los pies de tu amo!
(Juan, dominado por la mirada de Sofía, cae de rodillas ante Carlos.—Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón del castillo

ESCENA PRIMERA

EL CURA, EL ALCALDE, EL ALBEITAR y EL SECRETARIO

SEC. ¿Pero saldrá?
CURA De seguro.
ALC. Pues yo digo que no sale.
Esta es la tercer visita
que ya le hemos hecho en balde.
ALB. Estará enfermo.
ALC. ¡Qué enfermo!
Si yo lo he visto ayer tarde.
CURA Don Carlos ha sido siempre
servicial, bueno y afable:
si es verdad que ahora se oculta,
debe tener algo grave.
ALC. No; como ya es diputado,
hace lo que todos hacen.
Primero, muchas promesas;
luego, después de votarle,
si te he visto no me acuerdo.
ALB. ¡No sea usted bestia, Alcalde!
Don Carlos no hace eso; á todos
nos ha servido bastante.
SEC. Es que en el castillo ocurre
algo muy gordo y muy grande.
CURA Eso creo.
SEC. Yo lo he visto

antes de ayer en el parque
hablando solo: los pelos
se arrancaba de coraje.

ALB. Y yo he visto á la señora
esta mañana en el valle,
también sola, en una piedra
sentada, llorando á mares.

CURA Hasta don Pablo y su esposa,
que han venido á acompañarles,
se ve muy bien que están tristes.

ALC. ¿Qué ocurrirá?

CURA ¡Quién lo sabe!

ALC. El genial de la señora
no es el mismo que era antes.

SEC. Ni tampoco el de don Carlos.

ALB. Ellos, después de casarse,
se querían como tórtolos,
y tenían un carácter
muy alegre.

CURA Daba envidia
verlos siempre tan joviales.

ALC. Pues ahora han vuelto bien raros.

CURA Llegaron diez días hace,
y pasaron por el pueblo
de noche y sin apearse.
Después aquí se encerraron
y no los ha visto nadie;
pero á la legua se advierte
que no cazan, que no salen,
en fin, que no les sonríe
la felicidad como antes.
Es extraño.

SEC. En los Madriles
algo ha debido pasarles.

CURA Aquí vivían dichosos;
hicieron mal en marcharse.
Esta atmósfera es más sana
que la atmósfera asfixiante
de la corte: aquí se bebe
salud y paz en el aire,
mientras que allí se respiran
envidias y falsedades.
El mundo es un enemigo
del alma y hay que evitarle.

Felices los que vivimos
entre zarzas y jarales,
sin que turben nuestro sueño
pasiones abominables.
Dios, de los campos que él cría,
es el eterno habitante.
Luzbel vive en el impuro
bullicio de las ciudades.

ALC. En el sermón del domingo
ya dijo usted eso, padre.

CURA Es la verdad. Sólo el mundo
ser ha podido el causante
de lo que aquí viendo estamos.

SEC. ¿Usted quiere que yo aclare
lo que pasa en el castillo?
Yo sé de alguien que lo sabe.

CURA ¿Y quién es?

SEC. Pues Juan, el guarda.

CURA Pero, hombre, ¡qué disparate!
Si Juan no es guarda hace tiempo.
Cuando el fuego él fué á llevarles
la noticia á los señores,
y allí, por no sé qué achaque,
lo echaron. Desde aquel día
á verle no ha vuelto nadie.
Eso me ha dicho don Pablo.

SEC. Y á mí también, pero en balde,
porque Juan no se ha perdido.

CURA ¿Cómo?

SEC. Yo lo he visto el martes.

CURA ¿Aquí?

SEC. En el monte, de noche;
iba muy quedo, tapándose
con las matas como un lince;
pero yo le ví.

ALC. ¿Y le hablaste?

SEC. ¡Ya lo creo!

ALC. ¿Y qué te dijo?

SEC. Que por Dios no divulgase
mi encuentro, si no quería
causar muchísimos males.

ALB. ¿De veras?

SEC. Que en el castillo
ocurren cosas muy grandes;

y, en fin, que él vive en el monte
como una fiera; ocultándose
entre las jaras, sin casa,
ni comida, ni...

ALB. ¡Qué diantre!

ALC. Aquí hay un lío.

SEC. Muy gordo.

ALB. ¿Qué podrá ser?

SEC. Algo grave.

CURA Vaya, secretos ajenos
deben sernos respetables:
si en el castillo hay disgustos,
pidamos á Dios que pasen.

ESCENA II

DICHOS y PABLO

PAB. Amigos... (Saludando.)

CURA (Idem.) Señor don Pablo...

PAB. Un disgusto vengo á darles.
Carlos no se encuentra bueno,
y no puede en este instante
recibirlos.

ALC. (Aparte al Albéitar.)
¿No lo dije?

PAB. Me encargó les preguntase
si quieren algo...

ALB. No; nada.

CURA Queríamos saludarle
solamente.

PAB. Pues ahora
no puede...

SEC. ¿No será grave
lo que tenga?

PAB. No; jaqueca.

ALC. (Aparte al Albéitar.)
Lo mismo que la otra tarde.

ALB. (Aparte al Alcalde.)
Aquí hay algo.

CURA Vaya, ¿vamos?
que el pueblo está muy distante.

ALC. Sí; vamos.
CURA (A Pablo.)
Ya volveremos
cuando esa molestia pase.
PAB. Si ustedes quieren que diga
algo á Carlos de su parte...
ALB. ¡Quiá! No. Nosotros no somos
—y no está bien que me alabe—
de esos electores posmas
que piden á cada instante.
Dígale usted solamente
que he venido á recordarle
el destino de mi tío,
ya él se acuerda: Ambrosio Sánchez.
PAB. Se lo diré.
SEC. Yo tampoco
vengo nunca á fastidiarle.
Dígale usted que mi hermana
está esperando á que vaque
la escuela que le ha ofrecido.
PAB. Bien.
SEC. Que hay que ver si eso se hace.
ALC. Pues yo soy lo mismo que éstos;
en eso somos iguales:
jamás pido ni fastidio.
Si luego puede usté hablarle,
dígale que á ver si hacemos
la carretera al instante,
y que la cruz ofrecida
es fuerza que venga á escape,
porque el alcalde de Artola
tiene la suya... y ¡qué diantre!
yo estoy sin cruz humillado,
que, al fin, también soy alcalde.
PAB. Pues, nada; vendrá en seguida.
CURA Vaya, vamos, que ya es tarde.
Yo, don Pablo, nada quiero.
Si buenamente le hablase,
dígale que ahora en Astorga
hay canongía vacante;
pero que no se moleste,
que la pida y no se enfade,
si no se logra... A mí lo mismo
me da allí que en otra parte.

PAB. Bien, bien.
ALC. (Despidiéndose.) Conque, hasta la vista.
SEC. Adiós.
ALB. Adiós.
PAB. Que descansen.
(Vanse el Alcalde, el Cura, el Secretario y el Albéitar.)

ESCENA III

PABLO y ADELAIDA

PAB. Pues, señor; ser diputado,
si á todos así los traen,
más que gusto es un martirio:
no sé cómo hay quien lo aguante.
ADEL. (Desde la puerta.)
¿Se fueron ya?
PAB. Ya se fueron.
ADEL. ¡Qué pronto los despachaste!
Ya ha vuelto Sofía.
PAB. ¿Cuándo?
ADEL. Ahora mismo, en este instante.
Venía á escape tendido
en ese animal salvaje,
en su dichoso caballo
que es posible que la mate.
PAB. No es buen bicho el Favorito.
ADEL. Cubierto de espuma y sangre
lo ha traído.
PAB. ¿Pero Carlos
la ha visto? ¿Tú lo dejaste?
ADEL. No; Sofía no ha subido.
PAB. Pueden llegar á encontrarse.
Voy á impedir...
ADEL. ¡Carlos viene!
PAB. Siempre temo algún percance.

ESCENA IV

DICHOS y CARLOS

CAR. ¿Se fueron ya?
ADEL. Sí, señor.
PAB. Entra sin miedo; se han ido.
CAR. ¡Ay, mi buen Pablo querido!
¿Dónde iré yo sin temor?
PAB. Carlos...
CAR. Espanto profundo
siento al entrar donde hay gente.
Llevo la mancha en la frente,
¿cómo ocultársela al mundo?
ADEL. Vaya una exageración.
CAR. Así mi suerte lo quiso.
PAB. Vamos, vamos; es preciso
buscar una solución.
CAR. No existe.
PAB. ¿Y qué vas á hacer?
¿Estar así noche y día?
Debes hablar con Sofía.
CAR. ¡Ah, no; no la quiero ver!
PAB. ¡Siempre las mismas vehemencias!
Pide la separación
si es cierto que con razón
la acusan las apariencias;
pero antes comprueba bien
si son sus faltas tan graves...
CAR. Pero, ¿aun dudas? ¿aun no sabes?...
PAB. Yo sí dudo.
ADEL. Y yo también.
CAR. Dudais de una cosa cierta.
¡Si su pecho sólo esconde
doblez!... La carta del Conde,
¿no estaba en su cuarto abierta?
Ese guarda, ese rufián,
no declaró que la amaba?
Con el Conde no bastaba;
¡llegar debía hasta Juan!
Hacer más vil la traición:
esa es la ley; no lo extraño;

bajar peldaño á peldaño
la escala de la abyección.

PAB. No me convenzo, ¿qué quieres?
Lo encuentro una acción tan ruín:
Con un guarda...

CAR. Ese es el fin
de todas esas mujeres.

PAB. Podrás tal vez acertar,
pero, sin pruebas, sostengo...

CAR. Es que la prueba la tengo.

PAB. ¿Tú?

CAR. Sí. Te la voy á dar.
Sólo á vosotros haría
de este secreto testigos.

PAB. ¿De tus mejores amigos
puedes temer?...

CAR. No, á fe mía.
Sabedlo: Juan está aquí.

ADEL. ¿De veras?

CAR. Sí.

PAB. ¿Se propasa
á tanto?...

CAR. (Con misterio.) Rondar la casa
yo mismo anoche le ví.

PAB. ¿Y qué hiciste? ¿Qué pasó?

CAR. (Con rabia.)
Nada; no vengué el ultraje:
tembló el pulso de coraje
y mi bala no le dió.

PAB. Ya es audacia.

CAR. ¿Todavía
dudarás?...

PAB. Hombre; no sé...

ADEL. No es una prueba; pues qué,
¿eso lo sabe Sofía?
Sólo sabiéndolo es grave.

CAR. Con harta razón lo infiero.
Ella pasa el día entero
en el monte—usted lo sabe.—
¿Qué puede sola buscar?

ADEL. La sospecha no es bastante.

CAR. Busca á Juan, busca á su amante;
corre su cita á esperar.
Me finjo la escena odiosa

del monte en lo más cerrado;
él, impaciente y turbado;
ella impúdica y hermosa.
Oigo el ardiente «amor mío;»
el torpe coloquio impuro;
lo oigo todo... y le aseguro
que no sufro; que me río;
que hasta bendigo la suerte...
y es... ¡que adivino el placer
que pronto voy á tener
al darles juntos la muerte!

PAB. Y harás bien, si en realidad
averiguas su doblez;
pero no condena el juez
sin conocer la verdad.

CAR. Todo la acusa.

PAB. Lo veo;
mas no tendrás la demencia
de querer dictar senteocia
sin dejar hablar al reo.

ADEL. ¿Quiere usted que yo la hable?

CAR. ¿Para qué, mi pobre amiga?
¿Espera usted que le diga
ella misma que es culpable?

ADEL. Yo lo sabré averiguar.
(Acercándose á la puerta y llamando.)
¡Sofía!

CAR. ¿La llama?

ADEL. Sí.
Déjenme con ella aquí.

CAR. ¿Qué intenta?

ADEL. Yo la haré hablar;
yo sabré seguramente...

CAR. Le negará sus delitos

ADEL. El alma me dice á gritos
que Sofía es inocente.
(Vase Carlos y Pablo)

ESCENA V

SOFÍA y ADELAIDA

ADEL. Piedad me inspira y dolor.
La compadezco y la amo.
SOFIA (Desde la puerta.)
¿Quién me llama?
ADEL. Yo te llamo:
puedes entrar sin temor.
SOFIA ¿Ya me hablais?
ADEL. ¡Pobre Sofía!
Entra: ¿temerosa estás?
SOFIA Yo pensaba que jamás
con nadie á hablar volvería.
Era muy largo el castigo.
¡Siempre sola!
ADEL. Eso pasó.
Ven aquí, ya ves que yo
no me niego á hablar contigo.
SOFIA ¿A qué me llamas?
ADEL. Responde
y sé franca al responder.
¿Cómo estaba en tu poder
aquella carta del Conde?
¿Por qué Juan contigo habló
ante Carlos de aquel modo?
Ya ves que te acusa todo.
SOFIA (Con tristeza.)
Y tú también, ¿verdad?
ADEL. No.
Pero háblame francamente;
dí la verdad á tu amiga.
SOFIA ¿Y cuando yo te la diga
me juzgarás inocente?
ADEL. Sí.
SOFIA No. ¡Que engañada estás!
No extrañes que lo asegure.
¿A qué quieres que lo jure
si tú no me creerás?
De disculparme no trato.
ADEL. ¿Quién defenderse rehusa?
SOFIA No es la carta quien me acusa,

ni es de Juan el arrebato...
No es eso, ni debe ser.
Me acusa mi vida entera:
y de mi vida... aunque quiera
no me puedo defender.

ADEL. Sofía...

SOFIA ¡Loca ilusión
acariciada y perdida!...
Me juzgaba redimida
y no existe redención.
No hay lucha contra el destino,
ni alcanza paz sino el bueno:
¿quién sobre un fondo de cieno
hace un lago cristalino?
Limpia el agua correrá
si la riza un viento leve,
más si el fondo se remueve
el fango la enturbiará.
Yo redimidas juzgué
mis culpas por el dolor:
sobre ellas un santo amor
fundar, loca, imaginé,
mas duró poco el halago
porque, aunque estaba bien hondo,
saltó el viento, agitó el fondo,
subió el fango y manchó el lago.

ADEL. Te aseguro, amiga mía,
que yo no dudo de tí.

SOFIA ¿De veras?

ADEL. De veras, sí;
pero no basta, Sofía.
Carlos duda; fuerza es ya
que pruebes que tú no has sido...

SOFIA ¿Y para qué? Mi marido
nunca se convencerá.

ADEL. ¿Eso dices?

SOFIA Con razón.
Ya no me quiere y me infama.
De prueba sirve á quien ama
la fe de su corazón.
La del suyo perdí ya
y á mi desgracia me ciño:
pida pruebas su cariño
y el mío se las dará;

pero al verlo mudo y ciego
no haré yo tal cobardía:
al amor se las daría;
á la duda se las niego.

ADEL. Carlos te amó con locura.
Aun lo puedes conmover.

SOFIA No; ya no hay fibra en su ser
que responda á mi ternura.

ADEL. Inténtalo sin despecho:
¿por qué no lo has de intentar?

SOFIA Mi voz ya no sabe hallar
paso franco hasta su pecho.
Sin ese justo temor
antes lo hubiera intentado,
que no por verse ultrajado
se desarraiga mi amor;
pero, ¡ay! llamar á esa puerta,
que fué de mi gloria entrada,
y encontrármela cerrada
yo, que siempre la hallé abierta;
decirle «Carlos; mi bien;
estoy por tí de amor loca»
y no escuchar de su boca
más que agravios y desdén;
yo, que hasta hoy, en el exceso
del amor que muerto lloro,
jamás le dije un «te adoro»
que no acabase en un beso.
Humillarme estando herida
para que en mi voz no crea,
para ver que pisotea
mi amor... ¡mi amor que es mi vida!
Ni por lograr su perdón
acepto yo tal suplicio;
no rechazo el sacrificio;
rechazo la humillación.
Merced implore y piedad,
quien tenga mancha en la frente:
ya que muere el inocente
que muera con dignidad.

ADEL. Háblale así; de ese modo,
quizás te crea, Sofía.

SOFIA ¡Ay, no!

ADEL. Quizás todavía

pueda remediarse todo.
Le diré que tú lo llamas.

SOFIA ¿Verle á solas? No, por Dios.

ADEL. Sí, mujer; solos los dos
Déjale ver cuanto le amas.
Tal vez renacer verás
su cariño: lo presiento.

SOFIA Hoja que arrebata el viento
no vuelve al árbol jamás.

ADEL. Voy á mandártelo; espera.

SOFIA ¡Ah! no, no; ¿por qué me obligas?...

ADEL. Háblale; de lo que digas
depende tu vida entera.

SOFIA Confío poco en la suerte.

ADEL. Tócale en el corazón.
Su amor es la salvación.

SOFIA Y su desprecio la muerte.

ADEL. Intenta á muerte ó á vida...
¡Te lo mando!

SOFIA (Con decisión.) Pues bien; sí;
pero ruega á Dios por mí
como pierda la partida. (Vase Adelaida.)

ESCENA VI

SOFÍA, después CARLOS

SOFIA Tiembla el pecho temeroso
al ver llegar el momento.
¡Eh, valor! Un juramento
me obliga á hacerle dichoso.
Si para siempre perdí
su amor, su fe, su ternura;
si yo soy su desventura,
yo le libraré de mí.
Esta prueba y nada más.
¡Si en tí ya solo hay desvío
te lo juro, Carlos mío,
mañana libre serás!
(Con esperanza.)
Mas si aun me ama... Si aun pudiera...
(Con tristeza.)
No, corazón, no lo esperes.

CAR. (Apareciendo en la puerta con tono seco)
¿A qué me llamas? ¿Qué quieres?
SOFIA Hablarte por vez postrera.
CAR. ¿Y de qué?
SOFIA De mi agonía;
de tu extremado rigor;
de mi pena y de mi amor...
CAR. Basta de farsas, Sofía.
SOFIA (Reprimiéndose y en tono humilde.)
Carlos, óyeme con calma.
Ni soy capaz de delito,
ni es torpe comedia el grito
que arranca el dolor al alma.
A tu propio corazón,
si es que en él mi amor no ha muerto,
pregúntale tú si es cierto
que yo te haya hecho traición.
A él apelo. Él te dirá
si soy falsa y soy perjura.
Pregúntale: estoy segura
de que él me defenderá.
CAR. ¡Pues no apela esta mujer
al corazón que ella vende!
SOFIA Es que si él no me defiende
yo no me he de defender.
CAR. Mi corazón que maltratas
su fe y su amor te rehusa.
SOFIA Pues si es verdad que él me acusa
¿qué haces ya que no me matas?
CAR. No más mis iras subleves.
SOFIA Las sublevo y las provoco.
¿Me amas tan poco, tan poco,
que ni á matarme te atreves?
(Pausa.)
CAR. ¡Eh! Basta ya.
SOFIA Basta, sí.
Hay que buscar solución...
Déjame en este rincón
y vete lejos de mí.
Vuelve al mundo en que has brillado;
yo aquí sola hallaré modo...
CAR. Sí; de arrastrar por el lodo
el nombre que yo te he dado.
¿Quieres mayor libertad

de ver á tu Juan querido?

SOFIA Quien tal te dijo ha mentido.

CAR. Yo lo he visto y es verdad.
¡Finge ignorar lo que pasa!

SOFIA Te aseguro...

CAR. ¡Finge, sí!
¿Tú no sabes que está aquí;
que viene á rondar tu casa?...

SOFIA Yo no sé nada: no miento.

CAR. ¿De veras? (Con ironía.)

SOFIA Basta de agravios.
Te juro...

CAR. Calla. En tus labios
vale poco el juramento.
Si ser libre es tu ambición,
no lo esperes; no hay salida:
ligué tu vida á mi vida
con insensata pasión,
y está entero el lazo fuerte
que á sufrirnos nos condena:
Soy tu esposo; esta cadena
solo la rompe la muerte.

SOFIA Y también la voluntad.

CAR. Puede ser, pero la mía
es no dejarte, Sofía,
recobrar la libertad.
Sola y libre; sin mí al lado;
con Juan en este paraje...

SOFIA No repitas el ultraje
que aun lo tengo aquí clavado.

CAR. Finges bien la indignación.

SOFIA (Con desconsuelo.)
Carlos, me rindo á la suerte.
No me has mentido; la muerte
es la única solución.

CAR. Otra nunca encontrarás.

SOFIA La muerte más dura y larga
debe ser menos amarga
que lo que diciendo estás.
Ella es el bien de los dos.
¡Venga y sacie en mí su ira!

CAR. ¡Siempre comedia y mentira!
Basta.

SOFIA Sí; basta, por Dios.

¿Piensas que finjo y que miento,
que en mí solo hay falsedad,
que ni mi amor es verdad
ni es verdad mi sufrimiento?...
Te probaré que soy fiel;
que has echado mal tus cuentas
¡y ojalá no te arrepientas
de haber sido tan cruel!
La prueba es tremenda y dura,
mas la daré sin temor:
todo lo acepta mi amor,
menos parecer perjura.
Porque te amo sin doblez;
con pasión santa, infinita...
Déjame que lo repita;
esta es ya la última vez.
Te amo mucho: tú quizás
ni lo escuchas ni lo entiendes,
y yo, mientras más me ofendes,
pienso que te quiero más.
Por tí llegué á ser honrada;
por tí logró el alma mía
un bien que no merecía
—¡el de amar y ser amada!—
todo eso te lo debí...
Hoy ya de amarme has dejado.
no me extraña: mi pasado
se levanta contra mí.
No eres tú quien implacable
me acusa; es él quien me hiere;
es Dios mismo, que no quiere
la ventura del culpable.
Yo confieso que lo he sido;
pero confieso también
que eres tú mi único bien,
que yo nunca te he vendido.
No se vende á quien se adora
y yo te dí el alma mía...
¡Cuánto te amó tu Sofía
lo vas á saber ahora!... (Vase precipitadamente.)

ESCENA VII

CARLOS, PABLO

CAR. Calmar mis iras pensó
con su discurso estudiado.
PAB. ¿Se fué?
CAR. Sí.
PAB. ¿Qué habeis hablado?
¿Qué te ha dicho? ¿Qué pasó?
CAR. Nada; desplantes y gritos;
prueba ninguna formal.
¿Qué ha de hacer el criminal
sino negar sus delitos?
PAB. ¿Y no sabe que está aquí
Juan?
CAR. Lo ha negado iracunda,
pero ni en pruebas se funda
ni yo, necio, la creí.
PAB. Te pones en lo peor;
piensas siempre lo más grave;
tal vez nosotros—¡quién sabe!—
estemos en un error.
A veces hay coincidencias...
CAR. Todo la viene á acusar.
PAB. Mas no debe condenar
quien juzga por apariencias.
Aun no es verdad conocida...
CAR. ¿Y su vida? ¿No hace peso?...
PAB. Es que yo dudo por eso;
porque la acusa su vida.
¡Es tan fácil pensar mal!
Decir con tono de juez:
«el que fué malo una vez
siempre ha de ser criminal:
hizo un delito: hará ciento.»
No; las culpas se redimen,
se borran: Dios junto al crimen
puso el arrepentimiento.
CAR. Te repito que me vende.
No me engaño. Yo quisiera
que mi alma la defendiera
¡y el alma no la defiende!

Por su inocencia ni un grito
oigo nunca en mi interior.

PAB. Eso prueba desamor,
pero no prueba delito.

CAR. Las dos cosas á la par.
Por ella lo pierdo todo.
¿Cómo la amé de aquel modo?
¿Cómo me pude engañar?
¿Cómo mi vida manché
por ella de esa manera?

PAB. Carlos, amor es ceguera;
quien más ama menos ve.
Amando se nos figura
clara y fácil toda senda,
mas quita el amor su venda
y ya es larga y es oscura.
Yo no sé si tu mujer
es ó no lo que tú infieres:
sé solo que no la quieres
y que no la has de creer.
Por eso me das piedad.

CAR. Honra y ventura me cuesta.
Vivir con quien se detesta
es horrible, ¿no es verdad?

PAB. Sin duda.

CAR. ¡Y soy su marido!...
No hay solución ni hay salida.
¡Es para toda la vida!...

ADEL. (Entrando sumamente agitada)
¡Carlos!... ¡Pablo!...

PAB. ¿Qué ha ocurrido?

ESCENA VIII

DICHOS, ADELAIDA

CAR. Hable usted.

ADEL. Vengo espantada.
Sofía...

CAR. ¿Qué pasa?

PAB. Di;
acaba...

ADEL. Salió de aquí

llorosa y desencajada.
Yo la ví: mandó ensillar
ese caballo maldito,
esa fiera...

PAB. ¿El Favorito?...

ADEL. Sí; la ví luego montar;
le hundió la espuela en seguida...

PAB. Pero, acaba ¿qué ha pasado?

ADEL. Que el caballo desbocado
arrancó, rota la brida...

CAR. ¿Qué dice?

ADEL. Se va á estrellar.

CAR. ¿Cómo?

ADEL. Ella va muy valiente,
pero corre hacia el torrente
y no puede dominar
al Favorito.

PAB. Corramos.

ADEL. Tres hombres tras ella han ido,
pero llegar no han podido...
¡Qué desgracia!

PAB. ¿Vamos?

CAR. ¡Vamos!

(Salen todos precipitadamente.)

ESCENA IX

SOFÍA y JUAN

(La escena permanece sola durante un momento, después del cual aparece Juan, que trae en sus brazos á Sofía desmayada.)

JUAN (Dejando á Sofía cuidadosamente sobre un sofá.)
¡Ilesa! A tiempo llegué.
¡Qué hermosa carga! ¡Qué bella!
(Mirando hacia la puerta.)
Sí; corred, corred tras ella...
¡Soy yo, yo, quien la salvé!
Milagro fué. Si soy manco,
ó no me muestro sereno...
Iba el caballo sin freno
á rodar por el barranco.
A escape por los jarales

la vió el pobre fugitivo...
Por verla, hace un mes que vivo
oculto en esos breñales;
soportando el sol y el lodo,
durmiendo por los ribazos...
Mas la he tenido en mis brazos...
¡y eso lo compensa todo!
Como me encuentren, me pierdo...
Se mueve... Si ella me viera...
(Disponiéndose á irse.)
¡Vuélvete á tu monte, fiera,
á vivir de este recuerdo!

SOFIA (Volviendo en sí en el momento en que Juan va á salir. Éste se detiene.)
¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Dónde me hallo?

JUAN En salvo.

SOFIA ¡Dios poderoso!
¿No he muerto? ¡Esto es espantoso!

JUAN No; yo detuve al caballo.
Ví que hacia el Tajo corría...

SOFIA ¿Tú me has salvado, de vera s?
(Con amargura.)
¿Qué te hice para que quieras
prolongar esta agonía?
Solté la brida de intento.
Quise de penas salir.

JUAN (Con asombro.)
¿Iba vuecencia á morir?

SOFIA ¡Iba á acabar mi tormento!
Mas la muerte me rechaza;
no me quiere. Vano afán.

JUAN Señora...

SOFIA Huye pronto, Juan:
un riesgo aquí te amenaza.
Si el amo te viese...

JUAN ¿Qué?

SOFIA No lo sé; te mataría
y á mí también; pensaría
que soy yo quien te llamé.
Ya lo sospecha; está loco.
Ponte en salvo.

JUAN Con la huída.

SOFIA Peligre sólo mi vida:
perderla me importa poco.

¡Es muy triste mi existencia!
Huye tú.

JUAN ¿Yo?

SOFIA Sin demora;
al punto.

JUAN Perdón, señora;
hoy no obedezco á vuecencia.

SOFIA Te digo que junto á mí
corres riesgo. ¿Estás demente?

JUAN Por eso, precisamente,
no hay quien me mueva de aquí.
¿Hay peligros que correr
y quiere que la abandone?

SOFIA Yo te lo mando.

JUAN ¿Y supone
que yo la he de obedecer?
Aunque es tosca mi corteza,
no es de un alma ruin disfraz:
señora, Juan no es capaz
de semejante vileza.

SOFIA ¿Eh?

JUAN (Con arranque.)
Sé todo lo que pasa.
Hace un mes que fugitivo,
oculto en el monte, vivo,
rondando siempre esta casa.
Sé que se acusa á vuecencia;
que el señor es inhumano;
que la rechaza; que en vano
quiere probar su inocencia:

SOFIA Juan...

JUAN Eso llegué á saber;
y sabiéndolo, aunque tarde,
¿la iré á abandonar, cobarde,
cuando hay riesgos que correr?
Ni antes, ni menos ahora:
perro que es fiel y que quiere
no evita el peligro; muere
á los piés de su señora.

SOFIA Pero si es que yo no quiero...

JUAN Aquí de ampararla trato.

SOFIA ¿Contra mi esposo, insensato?

JUAN Contra él; contra el mundo entero;
contra todo el que la infama.

SOFIA Sucumbirás á la suerte.
JUAN (Sin poder contenerse.)
¿Y qué le importa la muerte
á quien muere por quien ama?
SOFIA Juan...
JUAN Ya lo he dicho; perdón:
en mí el secreto no cabe,
pero vuecencia ya sabe
que no mancha mi pasión.
Vuecencia es como una estrella
que me manda sus reflejos.
Yo la adoro desde lejos...
sin querer llegar hasta ella!
SOFIA Ya sé que no eres cobarde,
más no quiero... Vete, Juan.
CAR. (Desde dentro.)
¡Miserables!... ¿Dónde están?
JUAN El señor...
SOFIA ¡Cielos! Ya es tarde.

ESCENA X

DICHOS y CARLOS

CAR. (Con terrible sarcasmo.)
¡Torpe comedia liviana!
¿Conque él fué tu salvador?
Digno es el vil seductor
de la impura cortesana.
SOFIA ¡Carlos!...
JUAN ¡Basta ya de ultraje!
CAR. ¿Te defiende el que te adora?
JUAN Sí; yo.
CAR. ¡Pues á ver si ahora
te libra de mi coraje!
SOFIA Juro que no he sido infiel.
CAR. Tu cinismo á nada iguala.
(Sacando una pistola con la que apunta á Sofía.)
No tengo más que una bala:
tú la mereces más que él.
¡Tenla!
(Dispara: Sofía vacila y cae.)
SOFIA ¡Carlos!... ¡Dios piadoso!...

JUAN (Con desesperación, acudiendo á Sofía.)
¡Infame!... ¡Y sin armas yo!...
Pero aun no es tarde.

SOFIA (A Juan, con acento débil.) Juan, no:
yo te lo ruego: es mi esposo.
Contra él... nunca... intentes... nada...
¡Júramelo!...

JUAN No; me niego.

SOFIA (Con acento cada vez más apagado.)
Moribunda... te lo... ruego...
¡Yo le amo!... ¡Virgen... sagrada!... (Espira.)

JUAN ¡Muerta! ¡Muerta!

CAR. (Con estupor.) ¿Qué he hecho yo?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, PABLO y ADELAIDA

PAB. (Espantado al ver á Sofía muerta.)
¿Qué es esto?

ADEL. (Idem.) ¡Cielo divino!

JUAN ¡Que ese hombre es un asesino!

PAB. (Acercándose á Sofía.)
No respira.

JUAN ¡El la mató!

CAR. Vengué mi honra.

JUAN No es verdad.

CAR. Lo aseguro.

JUAN ¡Miente y miente!
Yo juro que era inocente.

ADEL. Un médico, por piedad...
Quizás llegue...

JUAN ¡Ilusión loca!
No existe ya.

ADEL. ¡Amiga mía!...
¡Infeliz!...

PAB. ¡Pobre Sofía!...

(Pablo y Adelaida quieren acercarse al cadáver: Juan se interpone y lo impide.)

JUAN ¡Atrás! ¡Ninguno la toca!

PAB. (Con extrañeza.)
¿Cómo?

CAR. (Idem.) ¿Qué dices, traidor?

JUAN Digo que ese cuerpo frío
me pertenece y es mío.
CAR. ¿Me lo disputa tu amor?
JUAN Sí.
CAR. ¿Veis? Su infamia era cierta.
JUAN ¿Quien ya de amarla me priva?
CAR. (Con sarcasmo.)
¿Es tuya?...
JUAN ¡No lo fué viva,
pero debe serlo muerta!

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.